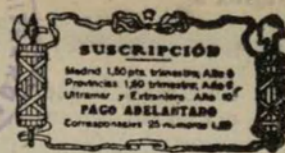




# EL MOTÍN



Año XXXIII

Madrid, Jueves 27 de Marzo de 1913.

Núm. 13.

## A los pies de las damas españolas

Mis dulces señoras: un amigo anticlerical, y por lo mismo apasionado de la verdad, hame advertido que en el artículo que dediqué a la crítica de la moralidad de las damas españolas, había un error colorado: el de haber leído *siete enteros y ocho décimas* en la cifra de la estadística de adúlteras que decía *siete octavos*.

Apresúreme a rectificar este error y a restituirles a ustedes la fama menos abada, y me pongo a sus pies solicitando perdón y penitencia.

Y para que esta rectificación adquiera las proporciones de desagravio cabal a su virtud, y las coloque en esto de la fidelidad conyugal a la altura merecida, añado:

Si en España, país clásico de jesuitas, de frailes, de hermanucos y de clérigos, el adulterio adquiere tan leves proporciones ¿cuál no sería el ejemplo de la fidelidad de la mujer, si se le quitasen estos peligrosos huéspedes y se las pusiera a salvo de las ocasiones próximas de caer en el pecado?

Quede, pues, rectificado aquel artículo en este sentido y con esta nota de añadidura:

«A pesar de haber en España cien mil varones de profesión celibataria, a pesar de los peligros del confesonario y de la dirección espiritual, sólo hay siete adúlteras por cada mil mujeres casadas, en vez del siete por ciento que se decía en aquel artículo.

S. P. O.

## Felicitación

La merecen de todos los anticlericales españoles, *El País*, *España Nueva* y *El Radical*, por los números que han hecho en la última Semana Santa, especialmente los del jueves y el viernes. Yo les envío la mía.

Trabajos de erudición y de crítica admirables, hermosas reproducciones de cuadros religiosos célebres, caricaturas deliciosas, artículos amenos, reseñas de sermones hechas con soltura y gracia...

Han respondido bien y bravamente al reto lanzado por los clericales con motivo de lo del Catecismo, ese librito que nadie tiene interés en que sus hijos lo aprendan, ni a nadie le importa tres cominos que dejen de aprenderlo, pero que ha servido ahora para exhibirse y andar de jolgorio las señoras y los caballeros que no tienen que preocuparse de si el pan está caro ó barato, por que lo ganan para

ellos las pías del ganado humno bautizado, pero no redimido de la esclavitud del demonio... de la Miseria.

## La campaña anticlerical

El odio al clericalismo ha logrado realizar el primer imposible: el de unir en una acción unánime a todos los partidos democráticos.

La campaña que se ha realizado durante la semana santa, ha sido eficaz é imponente. La comisión organizadora del movimiento nacional cuyo primer acto ha de ser el gran mitin del día 30, ha recabado la adhesión activa y entusiasta de todos los partidos avanzados y de todos los disidentes del catolicismo establecidos en España.

A su llamada es necesario que respondan todos los espíritus libres para hacer manifestación pública y solemne de que, si existe una España negra, existe también un pueblo irritado y cansado de soportar su dominio.

Afluyen de provincias las adhesiones a los acuerdos que se tomen, y estalla en todas partes los gritos de libertad y de abajo el clericalismo!

El entusiasmo de las masas servirá para fortalecer y enardecer el ánimo de la Comisión Central, impulsándola a estudiar los medios de dar la mayor eficacia posible al movimiento popular.

Los mitins y manifestaciones públicas convencerán a los poderes públicos de la existencia de una voluntad firme y decidida, a la cual habrán de someterse si intentan abrir a la nación la puerta del Derecho Constitucional, ó a la cual habrán de combatir rudamente si quieren resistirla, quitándose la máscara Constitucional y proclamando rey efectivo de España al obispo de Roma.

Si el movimiento adquiere la extensión é intensidad necesarias, veremos en breve plazo a la Monarquía colocada en este atolladero: ó con el Papa y contra el pueblo español, ó con el pueblo y contra el Papa.

Es hora de acabar para siempre con las ambigüedades.

Toda vez que ha surgido un organismo nacional que centraliza el movimiento, acudan a él provincias y pueblos, requiriéndole a que cumpla su deber hasta el fin, disponiéndose todos a librar la batalla definitiva al bochornoso clericalismo que nos carcome.

¡La Revolución desde arriba, ó desde abajo, ó desde enmedio!

En esta aspiración están de acuerdo

liberales, demócratas, republicanos, socialistas, anarquistas y disidentes.

El gobierno liberal se ha comprometido a iniciar la obra. ¡A no dejarle retroceder!

El Vaticano cobró miedo a las complicaciones que puedan surgir, y ha ordenado el desarme de sus amazonas que se habían echado a la calle.

Hay que cortar la retirada con nuestro decidido avance.

No vamos a suprimir el catecismo de las escuelas públicas: esto no es el fin de la campaña, sino el comienzo. Es el apetitivo. El fin es el lema: ó España acaba con el clericalismo, ó el clericalismo acaba con España.

## Sobre la unión

Me preguntan algunos amigos por qué no sigo defendiendo la Unión republicana.

Explicaré por qué calló ahora.

Los jefes de todas las fracciones han sido invitados a asistir al mitin anticlerical que se celebrará en Madrid el domingo próximo.

Hasta no ver si acuden, y qué sale de allí, no debo hablar.

## A Extrañi

¿Que por qué no reproduzco tu *Pepitoria* este año?

Porque después de elogiarme de un modo desenfrenado, acabas por ofenderme diciendo que soy un santo. ¡Yo santo! Nunca lo he sido ni de serlo he blasonado. Si algún parecido tengo con Agustín y con Pablo, es en su primera época, antes de hacerse cristianos. ¿Pero después?... El Señor coja a todos confesados.

Al colgarle a uno esa fama lo dividen de alto abajo. Lo que a nadie extrañaría en cualesquier ciudadano, es en él, ó virtud grande ó irredimible pecado, según lo juzgue un amigo, ó lo juzgue un adversario. Se discuten sus palabras, se fiscalizan sus actos, y, ó se le pone en las nubes, ó se le arroja en el fango; en fin, que se le joroba por terno igual que por ambo.



En cambio, al que todos tienen por un indocumentado en santidad, (palabreja cuyo sentido no alcanzo), ni le exigen perfecciones imposibles en lo humano, ni si alguna vez se escurre ninguno lo encuentra extraño. Por esto me ha dado rabia que digas que soy un santo y por esto no publico tu *Pepitoria* este año.

Ya en otra ocasión un neo de los más acreditados, me dijo que si algún día imitase yo á Sicambro, iría derecho á la gloria como dos y dos son cuatro, y le dediqué el artículo que á continuación traslado:

## Yo, santo

A D. Angel Salcedo

El número 1.º de una revista católica de Bilbao publica un artículo de usted, en el que me adjudica el primer puesto entre los anticlericales de España, honor que hubiera reclamado si no me lo concediese. Y dice de mí:

«Nakens es el que merece más respeto, ó mejor dicho, más compasión. Es un adversario tedaz y franco: el verdadero tipo del fanático. Tiene á la Igléria un odio satánico, que parece un caso de locura. Los católicos somos para él un vil rebaño. Habla y escribe de nuestro exterminio como de la cosa más natural del mundo. Ve á la reacción (como él dice), á manera de una nube negra que va cubriendo todos los horizontes. Este desgraciado, no sé yo si alguna vez tendrá la dicha de convertirse; pero sí me atrevo á decir, que si alguna vez afirma él que se ha convertido, no dará chasco como León Taxil; no es de esta raza de raposos. Si se convierte, llegaría quizás pronto á santo. Quemaría todo lo que ha adorado, y adoraría todo lo que ha quemado con la resolución del antiguo sicambro. ¡Pidamos á Dios por la conversión de esta noble alma extraviada!»

¿Convertirme yo? Lo dudo. Mas como dicen malas lenguas que Dios existe, y que para Dios nada hay imposible, me guardaré de negarlo en absoluto. ¡Ocurre á lo mejor cada fenómeno en esto de las conversiones!... ¿Ni qué de particular tendría que yo me chiflase un poco (único caso en que admito la suposición) y cantara cualquier día una palinodia que diera derecho á los honrados á escupirme á la cara?

Y dicho esto, pasaría plaza de lo que no soy, desagradecido, si no diese las gracias á usted, señor Salcedo, por lo mucho que se interesa por mi salvación eterna, a la vez que á cuantos católicos pidan á Dios por mi noble alma extraviada, rogándoles de paso que aprieten de firme y no desesperen si ven que el tiempo pasa y mi conversión no llega. Según cálculos matemáticos hechos á conciencia, necesitaré por lo menos mil años de ora-

ciones no interrumpidas para ponerme en condiciones de apostatar; en tan deplorable estado se encuentra mi pobrecita alma.

Y conste que la idea de convertirme me halaga, por ser el único medio de llegar á santo, aspiración suprema de la criatura humana más exigente. Desde que por su artículo me he enterado de que yo podría serlo, no pienso en otra cosa: y en la lotería.

¡Yo santo! Sólo de pensar que pudiera verme andando los tiempos en un altar, con el índice de la izquierda levantado y un simbólico cayadito en la derecha, sonriéndome como... ¿cómo me sonreiría yo? ¡ah! ya caigo, como un santo; sólo de pensarlo, repito, se me hace la boca agua.

Ver por las mañanas al párroco diciéndolo la misa en mi altar, mientras las aficionadas á tan sagrada ceremonia no me quitaban ojo, encontrando en mi rostro perfecciones que ¡ay! no encuentran ahora...

Oíle por la tarde en el púlpito hacer mi panegírico, y referir á sus oyentes las peripecias de mi conversión maravillosa, levantándome algún que otro falso testimonio para ensalzarme más...

Contemplar á lo mejor postrada ante mí á una exuberante beata, de esas que en mi vida pecadora habría yo apetecido tener cerca, fijando en mí una mirada piadosa capaz de hacerme sospechar que mi cuerpo no era incombustible todavía...

Admirar el cinismo del católico usure-ro que se atreviera á pedirme en sus oraciones que le proporcionara clientes á quienes arruinar, todo por haber echado cinco céntimos falsos en el cepillo colocado á mi derecha...

Sentir que el escalofrío de la envidia llegaba hasta la más imperceptible astilla de las que el sacristán me hubiera levantado al sacudirme el polvo con los zorros, al oír á una joven bonita pedir-me que no la abandonara su novio...

Hacerme el socarrón cuando los fieles, después de festejarme en grande, me rogasen que intercediera para que las nubes lloraran un poco, todo para ganar tiempo y ver si ellas por si solas se decidían...

Ver la víspera del *día de mi santo* á seis ú ocho mujeres, las más guapas del pueblo, quitándose y poniéndose trajes, para ver cuál me sentaba mejor...

(Aquí un paréntesis. Suplico á las que tal dicha pueda caberles, que procuren hacer esa operación con cierto recato; aun cuando siempre fui relativamente pudoroso, nunca están de más las precauciones, sobre todo si nos atenemos á lo de «entre santa y santo, pared de cal y canto».)

Y una que me pone nimbo nuevo, y otra que me ciñe cordón flamante, y otra que me calza bordada sandalia dejándome tan elengantizado que no me conocería ninguno de mis actuales amigos si les diese la humorada de hacerme por entonces una visita...

Y luego, al día siguiente ¡eche usted

luzes, y campaneos, y cánticos, y juncia é incienso, y tiros y cohetes cuando me sacaran por las calles los fieles, disputándose el honor de cargar conmigo!... ¡Ah! no vaya á olvidarseme: agradecería mucho que me soltasen también palomas blancas con cintas azules.)

Con lo dicho basta y sobra para que usted, Sr. Saceldo, comprenda que, aun cuando no lo he sido, sé me alcanza algo del oficio de santo, y que, por consiguiente, no dejaría en mal lugar ni á usted ni á ninguna de las almas buenas que en la salvación de la mía se interesasen. Recen ese millar de añitos por mi conversión, que, como ella venga, por lo de la santidad no hemos de reñir.

Mas ¡ah!, qué duda terrible viene á turbar mi dulce alegría en este momento. ¿Y si la maldita impiedad sigue aumentando, y un día las turbas sin Dios penetraran en el templo armadas de hachas y azuelas, y sabiendo lo que fui (lo que soy por desgracia aún), tomaran fiera venganza rebanándome en un dos por tres la cabeza del tronco? (y aquí si que viene la frase como anillo al dedo). ¿Y si después del sacrilegio horrible arrojaran mi cabeza, suponiéndola un peñazo de leño cualquiera, en un hornillo donde judías y patatas, en amigable consorcio, hirvieran en su sucio puchero, destinadas á alimentar al infame sacrilego?

Pavor pone en mi ánimo esa idea. Mas... ¡qué demonio! los tiempos hay que tomarlos como vienen, y en último caso, que me quitaran lo bailado.

Con que nada, Sr. Salcedo; á rezar, y de prisa, por mi conversión; que como yo logre verme convertido, juró por Lucifer que lo de la santidad es cosa segura.

1899.

¿Qué tal el articulejo?

De fijo que te ha gustado. Si hicieran lo que en él pido, rezar por mi unos mil años, acaso me convirtiera y debutara de santo; pero ¡en el cielo, en el cielo!, no en este mundo marrano donde son santos los frailes, los obispos y los párrocos, los papas, los jesuitas, las beatas y los beatos, y todos los que de Cristo tras la cruz parapetados, ofrecen pagar arriba lo que afanan aquí abajo.

Quedemos, querido Pepe, en esto: que no soy santo, que me carga lo perfect, que tengo defectos varios, y que por estas razones, y otras muchas que me callo, no soy digno de ir á un sitio de que son gala y ornato Pedro Arbues, Santo Domingo y el ínclito San Ignacio.

Si me hubieses dicho tonto, yo no hubiera protestado:



soy una copia risible del corregidor de Almagro. Y el caso es que lo conozco, me burlo de lo que hago, reincido, vuelvo á burlarme, y sigo tan mentecato. Si escribiera yo el librito con el título apropiado de *Memorias de un imbécil*, del que algunas veces hablo, verías en él una mezcla tan rara de casos raros, que de seguro exclamabas: «¿Y á este tonto llamé santo?»

En fin, Pepito, que sigas tan alegre y campecharo hasta el San José que viene; y que si yo me he largado, no te olvides de mandarme (si aún no se va en aeroplano) un despacho á los infiernos (donde te estaré aguardando), para que entre la alegría en aquel lugar del llanto, á donde van los que en viernes comen carne y bacalao, los que no dejan un céntimo para misas y sufragios, los liberales en masa, todos los republicanos y todos los socialistas y todos los libertarios, y todos los que no creen que este mundo es un fandango y el que no lo baila un tonto, como el que lo baila un santo.

JOSE NAKENS

## Consideraciones

Socialista, aunque independiente de bandería hará unos diez años, no conozco más partido popular que éste, y por ello y no por otro motivo á él voy á referirme. El lector verá si puede generalizar, claro está que en el lisonjero supuesto de que haya quien lea estas líneas.

Con el arrastre de la Internacional (1869-73), fundóse el partido socialista obrero español en Madrid y en Mayo de 1879, así que dicho partido cuenta treinta y cuatro años, y cuarenta si incluímos el período de gestación consciente.

Los que en Madrid se afiliaron al nascente partido el año 1879 serían á lo sumo como unos 50 valientes, y en el mismo año toda la organización obrera de Madrid se reducía á unos 500 inscriptos en la Asociación del arte de imprimir.

Pues bien, hoy en Madrid los afiliados en el partido serán 1.200 y sobre 30.000 los obreros inscriptos en las organizaciones de resistencia ó sindicatos de oficio. Cada socialista inscripto se convirtió, pues, en 24 y cada obrero asociado en 60. Es decir, que si calculamos en 100 el crecimiento medio de estas dos fuerzas, el de cada una de ellas será:

Fuerzas socialistas	57
Idem sindicales	143

Y como queremos que penetre bien la noción de esta diferencia de crecimiento, diremos que cada año aumentó en 34 individuos la Agrupación Socialista madrileña y en 867 los asociados para la resistencia.

Se dirá que este fenómeno es regla en todas partes.

En efecto, en todas partes los efectivos del sindicalismo son más considerables que los del partido socialista obrero, pero no hay la desproporción que en Madrid. En general, de cada cien inscriptos en el ejército proletario hay

en el partido	26
en los sindicatos	74

proporciones que en Madrid son

en el partido	4
en los sindicatos	96

Estas diferencias tienen varias circunstancias que las hacen aún mayores.

El ser socialista afiliado en el partido obrero y distinguirse como tal, hasta ahora apenas si ocasionó al individuo otros daños que alguna pasajera prisión, mientras que el significarse como organizador, propagandista y luchador en la resistencia, sobre acarrear también prisiones, produjo y produce aún los bloqueos por hambre, la negativa de trabajo en talleres, fábricas y obras, persecución más temible, más desastrosa y menos gloriosa que la cárcel. Durante año y medio ó dos años que Iglesias habrá pasado en la cárcel—las tres cuartas partes por delitos sindicales—, lo pasó mal, claro está, mas no en penuria extrema. Pero ¿le ocurrió lo mismo durante los años en que su significación como presidente de los tipógrafos madrileños le cerraba las imprentas? Y para honra de los socialistas y de los obreros organizados, añádase que el caso no es excepción, sino regla.

Y hay más. El hombre que se consagra á una idea, aun el más austero y abnegado, trabaja un poco para su gloria—y está bien que sea así—, y aun procediendo siempre con sinceridad, independencia y ansia de bien y de verdad, gusta del aplauso.

Pues también en este sentido es más fecundo trabajar dentro del partido que laborar dentro de las organizaciones de resistencia por lo extenso del campo. Si Iglesias hubiera sido carpintero de armar, por ejemplo, y hubiese limitado su esfuerzo á trabajar dentro del oficio, con todas sus condiciones de agitador, de orador, de organizador, de político en el sentido noble de la palabra, pocos sabrían de él, por la sencilla razón de que los carpinteros de armar son en Madrid unos 400 y no más.

¿Cómo se explican, pues, las diferencias de crecimiento? En algún tiempo el problema era duro para nosotros.

La hostilidad de los republicanos, la ignorancia é inconsciencia de las masas, y el atraso industrial, eran explicaciones suficientes. Muchos siguen pensando esto

mismo, pero ¿es satisfactoria la explicación?

No; porque esos mismos factores, y muy principalmente los dos últimos, tenían que ser rémora del movimiento sindical, y sin embargo, y á pesar de ellos, se ha hecho una extensa y no mala organización...

Pero cortemos aquí, que nos queda mucho que decir.

J. J. MORATO

## Pobres borregas

Vedlas: humildes, sumisas y contentas satisfechas de si mismas, balan delante del pastor, su amo, que las apacienta y las esquila.

Son tuyas: cuanto él les manda lo harán, sea lo que sea. Si las abofeteara, se arrodillarían luego delante de él y le besarían las manos.

Son las señoras que por mandato del sacerdote dirigen á Romanones cartas insultantes protestando rudamente contra eso de que se suprima en las escuelas la enseñanza del catecismo romano, porque ellas no pueden consentir que á sus hijos no se les ponga al corriente de lo del parto de María ni lo del sexto mandamiento.

El cura sabe muy bien que no es eso; le consta que estos liberales embolados que hoy gobiernan á España bajo las órdenes del Nuncio; estos que hablaban hasta de separar la Iglesia del Estado, se morirían del susto si siquiera soñasen con esa supresión.

Pero ellas ¿qué saben? Creen todo lo que les cuenta el clérigo y con eso les basta.

No tienen idea de nada. Ignoran que en los tiempos del verdadero cristianismo no había misterios, ni de la Trinidad, ni de la Virginidad, ni de la Eucaristía, ni había Purgatorio, ni indulgencias, ni santos, ni Papa. Se figuran que la Iglesia ha sido siempre como ahora, con sus tríduos de lujo, sus grandes comuniones, y sus misas solemnes con música de Verdi.

Y allá van, allá van balando ante el pastor, su amo, que las apacienta y las esquila. ¡Pobres borregas!

ISAURO L. OCHOA

## Remitido

Sr. D. José Nakens:

Querido amigo: Permitame usted que le trasmita mi más sentido pésame. ¿Usted accionista? ¿Usted con cuenta corriente? ¿Usted en el Hogar Español?

Si que ha sido «un poquito tarde»; pero no puede decirse en este caso que «nunca es tarde si la dicha es buena», porque encaja mejor aquello de «tarde y con daño». Sí. Con daño, para su nombre y fama. Me explicaré.

El Hogar Español constituido en Ma-



drid en 1904 se dedica desde sus comienzos á la gran usura. Creo que se llama así á la operación de prestar con más interés del legal, y creo que por esa causa se cerraron las casas de préstamos haciendo una ley con multas, cierres de tiendas y demás cosas que el argumento de la obra *Engañar al país*, exigía.

Como ya me conoce usted de antiguo, aunque sólo le tarle en tarle colabore en EL MOTIN (para asunto que ningún otro periódico quiere publicar), ya sabe que no me gusta hacer afirmaciones gratuitas que puedan ser rectificadas, por lo cual voy á probar lo que antes dije con documentos oficiales de la Sociedad el Hogar Español.

De cualquier periódico diario corto un anuncio (mucho que ha pagado el Hogar Español); por tanto es que le interesa su difusión y que es verdad lo que afirmo; y dice:

Préstamos realizados	Utilidades líquidas repartidas
En 1904 55.500	10.000
1905 813.000	47.014
1906 1.261.500	108.182
1907 2.810.500	254.831
1908 4.007.500	488.444
1909 5.171.500	713.165
1910 6.937.500	1.101.041
1911 8.210.500	1.411.967

Del cuadro anterior se desprende, que los señores que han tomado los préstamos que se indican en la primera casilla, han pagado las cantidades que figuran en la segunda; y yo, queso y curiso, hago una sencilla operación y deduzco:

Interés que han pagado los prestatarios

En 1904	2	por ciento
1905	57	—
1906	85	—
1907	9	—
1908	12	—
1909	137	—
1910	159	—
1911	17	—

El interés legal es el 5 por 100, y el Hogar cobra hasta el 17.

Pero no es esto sólo. En una circular firmada que obra en mi poder, dice: «EL HOGAR ESPAÑOL con una cartera de cerca de treinta millones de pesetas de préstamos con primera hipoteca, con sus reservas que exceden de seiscientos mil, con su sistema de operar basado en la selección más severa, con su administración ordenada y diáfana, tanto para el público como para el Fisco, se halla en inmejorables condiciones para OBTENER PARTE DEL CAPITAL QUE REQUIERE EL DESARROLLO DE SUS OPERACIONES A UN INTERÉS INFERIOR AL DE 6 por 100 que vienen pagando a las imposiciones llamadas especiales.»

Por consiguiente, si una parte del capital se obtiene á un interés del 6 por 100 ó inferior á él, es evidente: que la otra parte del capital cobra mucho más del 17 por 100; y no cabe argüir que las

obligaciones ó las imposiciones especiales tienen mayor garantía, porque según dice la misma circular, «la obligación por su índole legal tiene siempre un orden de preferencia que aunque en una institución tan sólida como el Hogar ESPAÑOL, siempre para muchos es estimable.»

Y por tanto resulta evidente aquello de la gran usura que decía al principio.

A usted, naturalmente, le habrán hecho tomar una obligación ó acción de interés fijo menor del 6 por 100, y así su conciencia de usted está tranquila, mientras ellos se benefician de la diferencia.

Ya sé que todo esto parecerá á usted laberíntico y exagerado, porque usted no puede creer que en una sociedad en la que figuran:

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

—Presidente: Excmo. Sr. D. José M. de Olózaga y Bustamante.—Vicepresidente, Excmo. Sr. D. Eduardo Sáiz Escartín.—Tesorero, Excmo. Sr. D. Antonio Rodríguez de Barza.—Vocales, Ilmo. Sr. don Melquíades Álvarez.—Excmo. Sr. D. Federico de Arriaga y del Arco.—Ilmo. señor D. Juan de Ortueta y Murguioitio.—Excmo. Sr. D. José Tórello.—Gerente, Sr. D. Angel Ramírez.—Secretario, del Consejo Sr. D. Manuel García Briz.—Ingeniero Vicesecretario, Sr. D. Julio Pernas y de Tineo, Ingeniero Agrónomo.—Excmo. Sr. D. Celadonlo Rodríguez.

JUNTA CONSULTIVA—Presidente:

Excmo. Sr. D. Amós Salvador y Rodríguez. Vocales: Excmo. Sr. D. Gumersindo de Azcárate—Excmo. Sr. Cándido Peñalver—Excmo. Sr. D. Felipe Gutiérrez—Excmo. Sr. D. Francisco Lastres—Excmo. Sr. D. Andrés Mellado—Excelentísimo Sr. D. Agustín de Soto—Excelentísimo Sr. D. Leopoldo Travesedo y Casariego—Excmo. Sr. D. Cesareo Iradier y Urarte.

Y que está dirigida por un buen católico y exarista, haya nada pecaminoso; pero á mí me produce indignación que esto ocurra y vergüenza que los periódicos que se llaman de oposición, y publican cuantos autobombos á tanto la línea envía el Hogar, llamándose Sociedad de cultura, altruista, benéfica etc., no publiquen estos ALTRUISMOS BENÉFICOS al 20 por 100 de interés y con sólidas garantías.

Esta Sociedad me recuerda la lápida de aquel asilo que decía «Debido al desamparamiento de D... se fundó este Santo asilo, provisto espléndidamente de todo lo necesario para sostenimiento de los mil desgraciados que bendicen al fundador.»

Y debajo de la lujosa lápida de mármol: pegó una mano CRIMINAL una tira que decía: «fueron tan elevados los sentimientos de D... que antes de fundar el asilo y prestando al 20 por 100, creó los 1.000 pobres para las plazas fijas y otras 10.000 para cubrir las vacantes.

¿Es escandaloso?

¿Merece que fijen la atención los grandes oratarios en estas Sociedades que se llaman benéficas, coöperativas, ó mû-

tuas para obtener una concesión por virtud de la cual puedan cobrar, injustamente, un 20 por 100 de interés, ó formar una agrupación para triplicar el precio de la luz eléctrica, ó constituir una federación para obtener un monopolio azucarero?

Creemos que sí... pero...

¿Qué apostamos á que ninguno de los periódicos que publican y cobran los anuncios llamativos de EL HOGAR ESPAÑOL copia esta carta?

Suyo buen amigo,

JUAN PÉREZ

Amigo Juan Pérez: Llevé las mil pesetas al Hogar Español, porque una persona que sabe de números, me dijo que admitían cantidades pequeñas y que no entretenían mucho.

De su artículo me he quedado en ayunas. Lo he insertado por saber que es usted muy competente en cálculos y estadísticas.

No deja de tener gracia esto: que siendo yo imponente, ó socio, ó lo que sea, (que no me he enterado bien todavía) de ese Banco, publique en EL MOTIN un artículo que no le favorece. Siempre trabajando contra mis intereses.

Pero como dejo franca la puerta al Banco para entrarse gratuitamente por estas columnas, si quiere responderle á usted, allá se las vean ustedes.

Como socio, me alegraría que el Banco lo reventase á usted; como demagoguero, quisiera que usted reventase al Banco.

¡Oh capital corruptor! Ya me has metido dentro de la teoría de las dos naturalezas, y eso que no tengo en la Sociedad más que diez pesetas. ¿Qué no harás conmigo, si llego, que lo dudo, á meter cincuenta siquiera?

Habría que convencerse: las ideas del hombre varían según el ambiente que respira. Estuve un cuarto de hora escaso en el Hogar Español, y ya empiezo á pensar en el mío. Si llego á estar una hora, quizás no publicase hoy el artículo de Juan Pérez.

El contacto con el oro hace vacilar las convicciones más firmes.

Hace unos días, un chino se me quejaba amargamente de un sueldo de un diario inglés que ridiculizaba á los chinos de Hong Kong y de los alrededores, porque se empeñaban en asustar al demonio de la peste tirando cohetes. Me dijo que le interesaba saber si las oraciones de los cristianos eran más eficaces que los cohetes de los paganos para detener el contagio.

Lo cierto es que los cohetes contienen azufre y otras sustancias cuyo humo, después de la explosión, es desinfectante y fatal para los microbios; en tanto que las oraciones no contienen azufre ni cosa parecida. El chino seguirá, pues, confiando en la virtud de sus petardos.

(Times of India).



## Los curas y curatos de Murcia

Que la escandalera promovida por el concurso á curatos celebrado en el obispado de Murcia era una cuestión de estómago y no de cerebro, de perras-chicas y no de dogmas, de «añadidura» y no de la justicia de Dios, lo dijimos ya en el primer artículo dedicado á este zipizape.

El jefe de la zalagarda era un concurante que firmaba sus artículos con esta rúbrica: *El Tiempo lo dirá*. Y el *Tiempo* ha dicho lo que *El Motin* pronosticó, á saber: que el obispo de Murcia tenía razón sobrada para tratar al clero diocesano en la forma «indigna, arbitraria é indecorosa» que denunciaban los currucas que estuvieron callados ante la arbitrariedad episcopal mientras no les tocaba al pesebre, y que al ver amenazado el pienso se subieron á las bardas del corral de la grey santa y nos cacarearon con alarido de dolor las «injusticias» de los arcanos eclesiásticos.

Dolor de estómago era aquél: irritación estomacal era aquella: celo de la cocina y no de la casa de Dios era todo ello.

Y para que no resultasen ininjuriosos nuestros juicios, nos vino *El Liberal* de Murcia del día 13 de Marzo, publicando una carta palinodia del autor de la campaña, en la cual reniega: 1.º del hecho diabólico de haber acudido á la prensa; 2.º de las «injurias y conceptos contumeliosos para su excelentísimo Prelado y señores del Tribunal del Concurso»; 3.º de las ofensas que haya inferido á su «buen amigo, preclaro y bondadísimo sacerdote, Secretario del Concurso»; y además repueba los comentarios malignos que ocasionaron sus escritos y el poco juicio con que los escribió; absuelve con indulgencia plenaria al tribunal examinador, y, por fin, quiere «reparar el escándalo» «como buen sacerdote que es.»

Con mucho acierto *El Liberal* pone á la misiva este gallardete:

«Cómo se reconoce tan pronto la honrabilidad de unos señores acusados de cosas que aún están en pie y que es lo único que *El tiempo lo dirá* no retira?

«Aquí del axioma de que «una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo.»

«Tanto es así, que nosotros creemos imparcialmente juzgando esta cuestión, como lo creerán todos nuestros lectores, que esta carta de *El tiempo lo dirá*, por lo que entre líneas deja ver, es la acusación más formidable que se ha podido lanzar contra el modo de hacer la provisión de curatos en la Diócesis de Cartagena.»

Tiene razón el colega. Los hechos denunciados por el autor de la campaña, ó son ciertos, ó son falsos. Si son falsos, la palinodia es manca y cobarde, y por tanto inadmisibles. No se trataría de injurias, sino de calumnias rigurosamente tales en el Derecho canónico, y que sólo se disipan haciéndolas constar como tales.

Y si los hechos son ciertos ¿quién es el curruca ese para calificarlos, absolver-

los y declararlos justos y dignos? ¿Quién es el para abonar á su obispo y al tribunal, en el juicio público que sea fallado definitivamente la moralidad y honestidad de tales hechos?

La palinodia esta vino á agavalar el proceso y á coronarlo con el peor remate posible. La tiranía, exigiéndola de un sacerdote cuyos labios están consagrados como oráculo de verdad, dejando en el arroyo el alba sacerdotal hecha estropajo de palacio; y la abyección del clero, que, por miedo al látigo del negrero, canta tales palinodias y se ahorca en el ridículo público.

A tales tiranos, tales siervos.

A tales siervos, tales tiranos.

Y además, de tal palo, tal astilla. Porque el que es tirano hoy, ayer fué siervo. El que hoy es obispo, ayer fué clérigo. Las mañas de la Iglesia son estas: la palinodia servil en el de abajo, y la tiranía en el de arriba.

Después de leer la carta-remate del escándalo, pregunto:

¿Podría terminar de una manera más escandalosa? Que es lo más escandaloso en esta palinodia, la tiranía que la impone ó el servilismo que se la deja imponer?

Ya está terminado el cacareo que durante unos días tuvo alborotado aquel gallinero eclesiástico. El cayado episcopal ha aplastado la cresta del bonete parroquial. El silencio ha renacido en la casa del Señor. Todos están en la comunión del presupuesto. El tiempo nos ha dicho lo que puede el estómago.

No se crea, sin embargo que ha terminado aquí el sainete. Hase bajado el telón de boca ante el público: ahora comienza el drama entre bastidores.

El autor del escándalo queda fichado en los registros de la Iglesia con esta nota: *anarquista vilando*. Queda votado á la muerte, en el *in-pace* del moderno furor clerical.

El interesado lo sabe; lo sabe todo el clero; lo sabe toda la grey diocesana.

Y he aquí el cuadro eclesiástico: víctima y verdugos abrazándose ante el público y dándose el ósculo de paz en el Presbiterio, en el cual ósculo la víctima siente el frío de la argolla y el verdugo siente el temblor del reo.

No haría efecto más terrible á la doncella el abrazo estrangulador del oso. Se abrazan en el odio.

La ejecución depende de cuál de ellos será más fuerte y más duro.

A entrambos espíritus, tiranía y esclavitud, les veremos con los hábitos sacerdotales, arrodillados ante el Cristo que tiene por lema:

«Amáos unos á otros como Yo os he amado»; y «*El tiempo lo dirá*», escribirá al pie de las figuras de ambos sacerdotes: «Cada clérigo es un lobo para su hermano.»

¿Es así, señor obispo de Murcia?

¿Es así, señores párrocos de la Diócesis?

Un predicador yankee había aterrorizado á su auditorio con un largo sermón sobre la «Venganza de Dios». Describía un Dios lleno de ira y un infierno á la moda antigua. Tanto calor puso en sus palabras, que sus oyentes se estremecían y creían sentir ya el olor del azufre.

Por la tarde, el predicador se mostró lo más alegre y cariñoso con su hilita, de ocho años, á la que paseaba por el jardín, cogiéndole flores y haciéndole lindos cuentos.

Vueltos á casa, la niña corrió hacia su madre y le dijo:

—¡Oh mamá, cómo me gustaría que Dios fuera tan bueno como papá!

(Truth Seeker).

## Al señor conde de Romanones

Agradezco al señor conde de Romanones la deferencia con que de mí habla; pero séame permitido recordar lo que él en sus declaraciones no mienta. Cuando puse de manifiesto la maldad de la actuación del Patronato, me procesaron sus hombres por calumnia, no por injuria; y cuando se vió que sería imposible condenarme por calumnia, pues toda mi campaña se basaba en sus documentos oficiales, insinuaron que también por injuria había delinquido, y pidieron que también por injuria me condenase; y fui absuelto por lo que estaba procesado, por calumnia; y fui condenado por lo que no estaba procesado, por injuria. Y si el segundo proceso lo formularon por injurias personales, no debían estar muy convencidos de ellas cuando al mismo tiempo instaron mi procesamiento por injurias á una corporación oficial.

Aceptemos por un momento mi delincuencia y miremos como justísima mi condena, sin parar mientes en la desproporción que la opinión extranjera señala entre la falta y el castigo. El problema no es este: lo que el mundo civilizado se pregunta es qué castigo impone al Patronato esa misma conciencia jurídica española que á mi me condena á diez años de destierro. Pude injuriar, pero la salvajada de que yo protesté, salvajada en el hecho ó salvajada en el elogio, toda la acción antihumana y anticientífica del Patronato sigue imborrable, impresa en sus memorias, prendas perennes de su delito. Y en tanto el Estado español considera naturalísimo que de mi tierra se me eche y aún el señor conde de Romanones se lamenta de que los tribunales pecan de benévolos, ese mismo Estado sigue protegiendo oficialmente á los alabadores del rescate de almas y sostiene en su presidencia á un indocto y por ampararles somete á Cataluña á una humillante ley de colonia. La ley vigente en el resto de España queda burlada; tres provincias en abandono, y rechazados de la acción oficial antituberculosa todos los médicos de prestigio.

Quienes afrentaron á España y á la



ciencia, siguen protegidos; quien por ellos luchó, queda condenado. Para ellos, los halagos oficiales; para mí, la triste ruta del destierro. Esto es lo que al mundo civilizado asombra y su asombro aumentará, á buen seguro, cuando sepa por boca del señor presidente que esto no se soluciona porque yo no solicito que me perdonen. Perdón, ¿de qué? ¿De mi lucha por la Humanidad y la Ciencia? ¿Perdón por haberles censurado cuando á la Medicina escarnecieron? No son ellos, somos nosotros. á quienes incumbe perdonar si el caso llega; soy yo, es la Ciencia, es Cataluña, es la dignidad de España, es el honor de la civilización moderna, son los hombres libres de todo el mundo, quienes podrán, tal vez, absolverles de sus culpas cuando humildemente las confiesen.

En tanto la actual situación perdure, no se queje el señor conde si continúa la protesta. Cuando por amparar á los sectarios se forjan leyes especiales, cuando así se encubre á quienes vilipendiaron públicamente á España, no hay derecho á lamentarse de que la indignación pública se manifieste. El señor conde me honra con el título de amigo: desde el destierro, errante á la ventura, lejos de mi familia, de mis enfermos, de mi tierra, me es difícil comprender á cuanto alcanza el valor de la amistad con que me brinda. Luchó por la ley vigente en España; luchó por la Ciencia y la Justicia; el señor conde es mi amigo, y nada logro y se me atosca. Con todo respeto, señor presidente: ¿quién protege, pues, al Patronato?

DOCTOR QUERALTÓ

Valencia, 19 Marzo 1918.

## El Dios de los ejércitos

La víspera de la batalla de Rosbach (, de Noviembre de 1755) en que los regimientos franceses fueron materialmente deshechos, el rey de Prusia, Federico II, había invitado á comer á varios de sus generales y al capellán mayor de su ejército.

Durante la comida, se trató naturalmente de la batalla á librar al día siguiente. Uno tras otro, los comensales calculaban la probabilidad de éxito delante de S. M., quien, sin mezclarse en la conversación, se limitaba á sonreír, contestando á veces con simples monosílabos.

Cuando se bebió la última copa de vino del Rhin y llegó la hora de la retirada, antes de salir de la tienda real, el capellán dirigiéndose al Gran Federico, le dijo:

«Señor:

»Al entrar á mi habitación, en el silencio y el recogimiento, voy á elevar mi alma hacia el Altísimo para suplicarle que conceda á V. M., junto con la salud, una larga vida.

»También imploraré al Dios de las batallas para que, en el día de mañana,

bendiga vuestras armas y haga que sea vencedor el ejército prusiano.»

E inclinándose ante el rey, iba á alejarse, cuando el monarca, que había quedado hasta entonces silencioso, lo retuvo con un gesto y le dijo:

—Doy á usted las gracias, señor capellán, por las preces que se propone usted dirigir al Señor para que nos acuerde la victoria...

Y, después de una pausa:

—Pero, mi hermano de Francia ¿no tendrá también en su ejército algunos capellanes?

—Seguramente, señor.

—Débese, pues, forzosamente, suponer que ellos no dejarán esta noche de interceder ante su Dios para que se digne conceder una mirada favorable á nuestros enemigos y que nosotros seamos derrotados... ¿No cree usted como yo que así tiene que suceder?

—Eilo es muy probable, señor.

Federico, con aire socarrón:

—El Altísimo, atendiendo vuestras preces, señor capellán, atenderá también las de vuestros colegas del ejército francés.

—Sin duda.

Entonces, manifestó el Rey, me parece que en su lugar, en un caso como ese, mi perplejidad sería muy grande... ¿De qué lado, en efecto, hacer inclinar el fiel de la balanza?

Luego, después de otro instante de silencio:

—¿Quiere usted serme agradable, señor capellán?

—Vuestra majestad no pondrá en duda que sería una dicha para mí.

—De ningún modo lo pongo en duda.

Y con mucha gravedad:

—Pues bien, suplique usted sencillamente al Dios de los ejércitos para que guarde una neutralidad absoluta entre los franceses y nosotros...

Después con fina sonrisa, agregó:

—¿De lo demás, yo me encargo!

¿No pinta ese rago sólo, el escepticismo del célebre amigo de Voltaire?

ENRIQUE DATIN

## Ideas extrañas

Hace como tres años, un capuchino bávaro abandonó en Munich el hábito yéndose á Londres, donde se casó.

Y ahora Reno Auracher, que así se llama, ha abandonado á su mujer para volver á su convento.

La infeliz, para no morir de hambre vendió á un periódico alemán las cartas del fraile, de las que se han publicado extractos. En la última le decía:

«Procura que podamos volvernos á ver y no habrá entonces ni separación ni dolores. Bien entendido que haré todo lo posible por ocultar la cosa y que te defenderé siempre y en todas partes.

«En el otro mundo nos perteneceremos de nuevo.»

El hecho indigna.

Todo hombre que se une á una mu-

jer, sea en la forma que sea, dentro de la ley, fuera de la ley, no debe abandonar la sin motivo fundado.

Verdad que no es lo mismo un fraile que un hombre.

### Un libro de Albornoz

## “Ideario Radical”

En estos democráticos tiempos de doctrina obligatoria, un libro como el de Albornoz sería un hermoso toque de atención si aquí la gente leyera.

Albornoz no es tan solo un orador más ó menos elocuente, ni un diputado más, uno de tantos, de los que pierden el tiempo entre el Salón de Sesiones y el Salón de Conferencias. Albornoz es además de diputado y de orador de veras elocuente, un sólido «intelectual» en el mejor sentido de la palabra. No posee una torre de marfil ni un empleo del Estado; pero es un intelectual, nada pedante, en quien la acción no está paralizada por ciertos juegos de hombre superior (cobardía disfrazada), vicio muy extendido entre nosotros.

Albornoz es, á la vez, levantino y asturiano. Tiene de su patria chica la clara percepción de la realidad de aquella gente del Norte, su aguda penetración y su admirable equilibrio; y de Levante, tierra de sus padrer, tiene el fuego, el ardiente entusiasmo, que, dicho sea en honor de la verdad, no sabemos tener los asturianos.

Por eso Albornoz es cuando escribe un hombre de datos, de cifras y de estadísticas puestas al servicio de una idea expresada con claridad, elegancia y energía. Su último libro es una colección de artículos publicados en diferentes periódicos. «Ideario Radical» se llama y hace honor en verdad á su título, porque esos trabajos periodísticos pueden servir á mucha gente para formarse una idea de los problemas de España y de las soluciones radicales que están pidiendo á gritos muchos de ellos.

No es España un país de radicales, de verdaderos hombres de la izquierda, aunque parezca todo lo contrario á juzgar por lo que dicen nuestros neos y las inevitables damas. El defecto capital de nuestro liberalismo, «ún del que hizo las revoluciones, es su timidez de liebre. Tiene más miedo al qué dirán... los neos, que cualquier señorita pueblerina. Si á tan lamentable timidez se une el candor infantil ya físico en nuestros progresistas, se comprenderá por qué en España, si bien hay algunas instituciones liberales, de por fuera el fondo de la vida nacional es reaccionario y misoneísta co no en los buenos tiempos del «Deseado.»

No hay aquí ningún partido que sea radical de veras. Hay individuos aislados que piensan en radical, pero son pocos. Lo general es que todos los que presumen de avanzados y gustan de dar, en ocasiones, el «do de pecho» del radicalismo, sean unos pobres diablos que re-



piten sin entenderlas tres ó cuatro frases hechas.

He tratado á muchos revolucionarios que parecían hombres de la izquierda, cuando repelían ideas ajenas sobre problemas conocidos, pero que hablaban como reaccionarios cuando tenían que dar una opinión propia sobre hechos que por primera vez tenían delante.

Albornoz es de los pocos radicales que piensan por cuenta propia, y que tienen para serlo razones de más monta que el prurito de presumir de hombres terribles entre la gente apocada. En otro país acaso hubiera sido pura y simplemente catedrático, escritor ú otra cosa semejante.

En España, donde no cabe todavía cierta clase de dirección de trabajo, Albornoz es un hombre de acción llevado á ella en parte por su temperamento y en parte mayor aún, porque es un convencido de que entre nosotros no es posible un movimiento salvador sin un empuje rudísimo de la verdadera democracia.

Producto de esa acción de Albornoz es el libro hace poco publicado. En él, como queda dicho, han sido coleccionados unos cuantos artículos escritos para distintos periódicos. Todos ellos nacieron hijos de las circunstancias y versan sobre cuestiones palpitantes el día que fueron escritos. El propósito es siempre el mismo: contribuir á la propaganda radical en cada caso concreto. Por eso hoy el libro tiene una unidad interior de que carecen otras colecciones; es un verdadero ideario radical, porque en él pueden encontrarse planteados unos, resueltos otros, los principales problemas nacionales tal como tiene que verlos un verdadero radical que sea digno de este nombre.

No quiero entrar en detalles y pormenores del libro porque no acabaría nunca. Me limitaré á señalar á la atención del lector el modo original entre nosotros de plantear Albornoz el problema clerical ó religioso. No sigue los caminos trillados ni repite las cuatro frases hechas que corren por ahí con tanto éxito de ruido, sino que llevado por sus estudios á considerar la entraña misma de este gran problema (que en mi modesta opinión es todo el problema de España) lo presenta como lo que es: como algo que se refiere á toda la vida nacional y no puede arreglarse con cataplasmas de concordato y otros anticuados remedios del viejo liberalismo.

A todos les conviene leer este libro interesante y á los republicanos más que á nadie. Aun los no radicales tienen que estar convencidos de que sin una gran fuerza genuinamente revolucionaria y radical no habrá reforma probable, pues se inclinará sien pre la cabeza del lado de la reacción que es la única fuerza que en España se manifiesta agresiva.

Como dice muy bien Albornoz, aquí no está el peligro ni mucho menos en los excesos revolucionarios, sino en que hay que temer que «para arrollar á las derechas toda violencia sea poca».

LEOPOLDO ALAS ARGUELLES

## Ni castos, ni cautos

Cuando el Papa tenía aquella plena y absoluta independencia que ahora reclama, la hoguera se encargaba de hacer enmudecer á los herejes que eran tales no por la doctrina, sino por los apóstrofes que dirigían á las malas costumbres de los primates eclesiásticos.

Recuérdense las afirmaciones de Giordano Bruno, Savonarola, Máximo D'Arellio y tantos otros. Las llamas devoraron á los que elevaron su voz contra la inmoralidad clerical, pero no destruyeron las malas costumbres, que de un modo especial brillaban entre los príncipes de la Iglesia.

En Roma hay unos dos mil sacerdotes. ¿Cómo viven?... De un modo análogo á las demás ciudades católicas, aunque más pervertidos. Estos dos mil ministros del santuario podemos dividirlos en dos categorías: los privilegiados, á quienes todo es lícito, y los parias, que no pueden respirar, ni comer. Las dos fracciones se insultan mutuamente, y se echan en cara sus bellaquerías; en Madrid, Barcelona, Sevilla, etc., he visto curas pobres, verdaderos mendigos (muchos piden limosna por las calles), pero en ninguna parte he visto una abyección, una pobreza, una miseria comparable á la del clero bajo de Roma. Fuera de los frailes, y del alto clero que vive á la sombra de las mil covachuelas del Vaticano y del Vicariato, la masa clerical de la ciudad eterna anda á bofetadas con el hambre, y la caza de la misa ó de una modesta capellanía es un espectáculo continuo y tristísimo. Si el clero no estuviese tan degradado, tan envilecido, y no tuviera tan castradas sus energías, de su seno saldrían los más furibundos anarquistas, y con razón.

En las cercanías de San Silvestre veréis todos los días grupos de clérigos harapientos, dispuestos á hacer cuanto se les mande con tal de atrapar una lira; son infinitos los clérigos que en Roma ejercen oficios manuales seculares para redimirse del hambre. Algunos espíritus más activos ó menos resignados logran con amenazas obtener del Vicariato alguna modesta pensión; pero han de estar en posesión de algún secreto comprometedor como cierto monseñor que cobra 700 liras mensuales, porque de lo contrario se les denuncia á la policía; á otros se les obliga á expatriarse, ó se les complica en una tentativa de regicidio, como sucedió con un buen sacerdote en el último atentado de Alba.

«Si no eres casto, sé cauto» He aquí la bandera moral de toda la clerecía católica; pero en Roma los privilegiados, los pejes gordos, hacen caso omiso de esta cautela seguros de la impunidad. Nadie ignora en Roma quiénes son allí los prelados que viven con mujeres divorciadas, y hay purpurados que para gozar de más libertad no habitan en los departamentos anexos á la iglesia de que son titulares. Muchos de ellos salen de noche, vestidos

de seglar, y asisten á funciones teatrales. Hay un cardenal que todas las noches hace una larga visita á una amiga, y da dinero al cochero para que pernocten él y el carruaje en una posada, y venga á buscarle al amanecer. Los que frecuentan los alrededores de la Plaza de San Carlo, en el Corso, saben muy bien de quién se trata. La comidilla de los murmuradores ha sido durante mucho tiempo la conducta de un cardenal ya bastante viejo que intentó atropellar á una parienta suya llamada Rosa que vivía con él en su palacio, y la enfermedad inconfesable que transmitió á su cuñada. ¿Y la famosa contienda entre un purpurado ya difunto, y un monseñor que todavía vive, inmensamente rico, que regala villas á sus parientes con ocasión de sus bodas, por los bellos ojos de un ama de llaves, en plena iglesia?

No hace muchas noches la policía encontró en una casa de lenocinio de la calle Condotti, á un encopetado eclesiástico, lo que se tuvo oculto, y no se hubiera sabido, si una de las pupilas, poco discreta, no se lo hubiera dicho á los periodistas.

Otro prelado, en un barrio muy populoso, era criticado por el pueblo por sus frecuentes y sospechosas visitas á un convento de monjas. La cosa llegó á tal extremo, que el capellán de la casa hubo de hacerle una respetuosa advertencia, y á los pocos días le trasladaron de puesto. Bien reciente está el caso de un elegante clérigo empleado en la Secretaría de Estado que se escapó con la sobrina de un obispo meridional, después de haber escandalizado á los devotos con largas correrías en bicicleta, vestido de seglar.

También es reciente el caso de un obispo acusado de haber hecho madre á una penitente, al cual, en castigo, se le quitó de su diócesis y se le nombró canónigo de una basilica de Roma; y recompensa igual obtuvo un párroco romano por un necho análogo.

El clero ya no se cuida de la cautela; se ha liado la manta á la cabeza, y ya no se anda con melindres. El rigor, los cánones, las censuras, el palo, el descrédito y el hambre, han quedado relegados para los clérigos pobres, sin padrinos, sin alabanzas, sobre los cuales puede cebarse sin temor la crueldad odiosa de los que no son castos, ni cautos, confíalos en el enervamiento, en la abulia de sus víctimas.

En esta materia, como en todas, de Roma nos vienen los más altos y luminosos ejemplos.

FRAY GERUNDIO

**CIENCIA  
Y RELIGION**  
Por Malvert

85 grabados.—Precio, 1 peseta.

**¡LIBERTAD Y A ELLOS!**  
DOS PESTAS



# EL MOTIN



Contraste entre el cura y el ~~que~~ que administran el Viático.  
Ayuntamiento de Madrid



# Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.	
Suma anterior.....	1176'32
Leopoldo Miguel Conde, 2'00.	
— Félix Nebreda Arnáiz, 2'00.	
— Joaquín Benito Valpuerta, 2'00.	
— Enrique Antón, 1'00.	
— Eliázar Angulo, 0'50.	
— Francisco Nebreda Arnáiz, 0'50.	
(Todos de Lerma).....	8'00
J. Soteras, (Esparraguera).....	0'75
José Borrell Peroy, (Barcelona).....	1'00
Augusto Casanova, (Lisboa).....	3'00
Vicente Aguado, (Eida).....	5'00
Benito Pelegrín, (Madrid).....	1'00
Ramón Plana, (Ballobar).....	1'00
Román Alonso, (Iruela).....	2'00
Bautista Roure, (Udecona).....	5'00
Santiago Ferrer, cincuenta céntimos mensuales, por un trimestre, 1'50.	
— Antonio Farnies, cincuenta céntimos mensuales por un trimestre, 1'50.	
— Francisco Alaiz, diez céntimos mensuales por un trimestre, 0'30.	
— Pilar Palacios, 0'05.	
— María Ferrer, 0'05.	
— Manuela Ferrer, 0'05.	
— María Luisa Farnies, 0'05.	
— Lorenzo Farnies, 0'05.	
— José María Farnies, 0'05.	
— Acelis Farnies, 0'05.	
— Amelia Farnies, 0'05.	
— José Carrasquer, 0'10.	
— José Soldevilla, 0'10.	
— Salvador Alegre, 0'10.	
— Francisco Zerezo, 0'25.	
(Todos de Belver de Cinca).....	4'25
Juan Bartoli, (Calaceite).....	5'00
Estanislao Medrano, (Palacios de la Sierra).....	3'00
Pedro Bueno, (Burgos).....	2'00
Demese, (Madrid).....	1'00
Uno de Navalcarnero.....	5'00
José Laiseca, 1'00.	
— Cavetano Sacristán, 1'00.	
— Pedro Ramos, 0'50.	
— Pedro García, 0'25.	
— Valentín Morínigo, 0'25.	
— Conrado Salaver, 0'25.	
(Todos de Madrid).....	3'25
P. P., (Madrid).....	0'50
Juventud Instructiva Obrera de Jerez de la Frontera, dos pesetas mensuales.....	2'00
Jetulio Hernández, 12'50.	
— José López Grau, 12'50.	
— Antonino Ferrero, 2'00.	
— Alfonso González, 2'00.	
(Todos de Navalcarnero de la Mata).....	29'00
Francisco López Gil, (Cazalla de la Sierra).....	1'50
Manuel Izquierdo, (Idem).....	1'00
José Padrell, (Pobla de Mafumet).....	1'05
Manuel Escrivá, (Anglaterra).....	3'60
Vicente Macía, (Idem).....	3'60
Joaquín García, (Bolaños).....	0'25
Suma y sigue.....	1269'07

Suma anterior..... 1269'07

Narciso Oyarzabal, 1'00.	
— Tardulo García, 0'50.	
— Matilde Sánchez, 0'50.	
— Manuel Lozes, 0'50.	
— Pedro Ruiz, 0'25.	
— Máximo Frías, 0'50.	
— Mariano López, 0'50.	
— Antonio Artacha, 0'50.	
— Gonzalo García, 1'00.	
— Juan Sánchez, 0'50.	
— Pedro Rubio, 0'50.	
— Domingo Ribí, 0'50.	
— Salvador Cacho, 1'00.	
— Ricardo Ferré, 0'50.	
— Alejandro Toranzo, 0'50.	
— V. Zubizarreta, 0'50.	
— Pedro Saenz, 0'50.	
— José Ostolaza, 0'50.	
— José Oller, 0'50.	
— Francisco Marticorena, 1'00.	
— Emilio Velasco, 0'50.	
— Juan Valverde, 0'50.	
— José Valverde, 0'50.	
— Emilio Cortés, 0'50.	
— Eugenio Santos, 0'50.	
— Rafael Berdasco, 0'50.	
— Pablo Benito, 0'50.	
— José Puertolas, 0'50.	
— Miguel Sistiaga, 1'00.	
(Todos de Pasajes Archo).....	16'75
José Gómez, (hijo), 0'50.	
— Francisco Olivé, 0'50.	
— Rafael Andújar, 0'50.	
— Enrique Pérez, 0'50.	
— Elías Vives, 0'50.	
— José Lázcano, 0'50.	
— Petra Hernández, (Puerto Cruz).....	3'00
— Dimán Redondo, (Melilla).....	1'00
— Esperanto, (Idem).....	2'00
— Joaquín Serantes, 2'00.	
— Juan Elías, 2'00.	
— J. Castro, 2'00.	
(Los tres de Coruña).....	2'00
Jesús Rodríguez, doce pesetas anuales, (Rivadeo).....	6'00
Miguel García, (Madrid).....	12'00
Antonio María Garrote, (Cabeza del Buey).....	0'50
Saturnino Escobedo, (Madrid).....	25'10
Ramón Zabalegui, (Irún).....	10'00
Amaro Carpena, (Hech).....	5'00
Francisco Rodríguez, (Idem).....	1'00
Benigno A. Romero, 25 céntimos mensuales, (Nerva).....	1'00
I. L. O., (Sevilla).....	0'25
Jacinto Cuello, (Seo de Urgel).....	1'00
Juan Capilevila, (Idem).....	0'75
Suma y sigue.....	0'75

Suma y sigue..... 1357'17

## Prat y Loyola

Ahí están juntos Ignacio de Loyola y Segismundo Prat. No tengo yo la culpa, ni quizás la tengan ellos. Ni la tiene Dios que los crió, haciendo al uno el reverso del otro, en algunas cosas y en otras tan exactos y parecidos que bien pueden pasar por gemelos, gestados en un mismo ovario de la Madre Iglesia y amamantados con la misma sangre.

Ni les ha juntado el pobre Diablo, ser el más calumniado de la creación y que paga los platos rotos de los demás, como el inocente gato, culpado de todos los estropicios de la casa.

Quien realmente los ha juntado en mi mesa, solicitando ambos mi atención y pi-

diéndome unas cuartillas es el diabólico jesuitismo, que también enlaza a *Mosén Prat* y a *Mosén Ignacio*, en un aliento doble de amor y de odio; de odio hacia Prat, de amor hacia Ignacio. Y muchas veces al rector de los jesuitas de Barcelona y aun al obispo Laguarda, les habrá ocurrido esto de venírseles a los labios ambos nombres a la vez en forma de imprecación:

¡Bendito Ignacio! ¡Maldito Prat!...

¿Es raro este consorcio? Sí, señores: es raro, y aún es picante, y a muchos mente catos les sonará a blasfemia. «*Mosén Ignacio de Loyola y Mosén Prat y Orri...*» ¡Vaya una ocurrencia! No asustarse, congregantes marianos. Así se llamó Ignacio y así se llamó Prat.

En vuestras oraciones hacéis consorcios peores. «Dios y el Diablo», son para vosotros y para la Iglesia, dos entes necesarios que en vuestro dogma y moral se complementan e integran. ¿Qué sería Dios sin el Diablo, visto desde la tierra? ¡Horror! Dios sería forzosamente el autor y origen de todo el mal que tan cómoda mente atribuí al Diablo, cuya perversidad medís precisamente a causa de estas obras. Por esto la Santa Iglesia condenaba y perseguía como más peligrosos a los que no creían en el Diablo que a los que negaban a Dios.

Como que perdido el miedo al Diablo, la pobre Iglesia quedaría declarada en huelga forzosa y su industria iría de cabeza a la ruina. ¿Para qué quiere centinelas quien no tiene enemigos? ¿Para qué se quiere la policía, si no hay criminales? De aquí que los respectivos industriales de estos oficios, procuran propagar la fe en los diablos respectivos, para que el miedo de las gentes les llame a ellos y se les entregue a ellos, como al ángel de la guarda...

Quedamos, pues en esto: en que el consorcio entre Prat y San Ignacio, es un consorcio natural: casi podríamos decir un sacramento mental de la Iglesia.

San Ignacio fué una especie de coco para muchos: Prat lo era para el obispo.

Y no es solamente la fantasía la que juntó a ambos genios: también los juntó la realidad.

Una realidad de los ejercicios espirituales, que vamos a ensayar.

Prescindiendo de la distancia de tiempos, podemos sorprender a ambos en el claustro de las monjas Jerónimas de Barcelona: Ignacio en 1526: Prat en 1909.

No sé si fué el convento de las Jerónimas, lo parece al menos, allí en donde al *pobrecito Ignacio*, según le llaman sus biógrafos, le ocurrió uno de los lances más desagradables de su vida. A la sazón, las monjas jerónimas eran lo que se dice unas señoras hembras: trabajan y salían, frecuentaban tertulias y fiestas... El *pobrecito Ignacio* frecuentaba el convento. De lo que allí ocurrió, sus biógrafos nos dejan a media ración. Sólo sabemos que andaban en el mismo llo Ignacio, una monja y un amante. El resultado fué una paliza fenomenal que dejó al *pobrecito beato* como muerto en la calle, según se cuenta en su canonización. ¿Quién era ella?... ¡no lo sabemos! Sería quizás una de las momias profanas por los sicarios de 1909...

Pues bien: allí, en el propio claustro, y al lado mismo de Ignacio, ó quizás en la misma lusa que él pisara, estaba Mosén Prat, en uno de los días de Julio de 1909. Prescindamos del tiempo y contemplemosles juntos mediante un sencillito ejercicio espiritual jesuita.



A la sazón Ignacio no era santo oficial, como no lo es Prat todavía.

Las monjas, reclusas por Ignacio y por su socio Borja, salen por primera vez, desde que el *pobrecito* Inigo les encerrara en clausura: las paredes del convento se están cuarteando, y en el centro del claustro arden en montón confuso las camisas de las monjas y las albas del capellán; la imagen del santo y las tapaderas del retrete: las discipinas y los títulos de la Deuda... Arden también algunos libros: uno, á medio tostar, es sacado de aquel *auto de fe* revolucionario, Prat lo recoge, y me lo envía con la consiguiente dedicatória, juntamente con otros chismecillos recogidos de los escombros de aquella solemidad llamada por unos trágica y por otros gloriosa.

Ignacio está espiritualmente allí, cargado de los candados, cerrojos y llaves de la feroz clausura por él inventada. Parece talmente el *alcaide* de aquella prisión... Cuatro siglos ha dominado en el presidio, como sultán en el harem. Las monjas sentían flotar por los corredores y asomarse terrible por sus celosías, el espíritu de Ignacio, matando en ellas toda esperanza de liberación. ¡El autor del encierro, ha vivido allí en espectro y en estatua, en las meditaciones y sermones... ¡Cuatro siglos de alcaidía!... ¡cuántas víctimas! ¡cuántas jóvenes desesperadas maldiciéndole! ¡Cuántas tuvieron idea de arrojarle por la ventana, como la desdichada de hace diez años!

\* \*

Ignacio contempla su obra... su obra de arte... La venganza de aquella paliza de año... ¡Las jerónimas se acordaron de él... se la pagaron!

Y estaba continuando su obra en 1909, cuando entró en el claustro Prat, símbolo de la revolución que acababa de dejar sin maderas las puertas y tejados, y de lanzar al cielo de la libertad á aquellas palomas prisioneras.

Prat, con su sotana tan raída como la de Ignacio, con su aspecto muy parecido al del Loyola, (porque realmente se parecían no poco; y quien ve al uno ve al otro). Prat é Ignacio se miran... ¡se gruñen, uno tras otro...

Prat le dice á Ignacio:

—¿Para qué quieres tanto cerrojo, si han desaparecido las puertas?

Y ambos genios, el de la *libertad* y el de la *reclusión*, se juran guerra implacable: guerra de exterminio... «Esto matará á aquello», se dicen... y el uno va á la curia eclesiástica episcopal, á una de esas curias de cuya venalidad y prostitución Ignacio nos legó descripciones descarnadas y atroces... y el otro anda paso á paso á la Casa del Pueblo...

Y trabajan.

El uno prepara autos enrevesados; embargos pretextados; murmullos malignos... la bola corre... el run run crece...

La ojeriza de los beatos, la miseria y la enfermedad asaltan el hogar de Prat, en la humildísima estancia de la más humilde calle de Barcelona... ¡Sólo las víctimas de la desgracia y de la miseria acuden allí á llamar... y todos salen de allí llevando algo!...

Prat... no tiene tiempo siquiera de ocuparse de sus enemigos. Le embargan y se deja arrebatar lo suyo; la pulmonía le ata á la cama, y en vez de enfermeros que le cuiden, le envían *dos mozos* de la escuadra para que le celen y lleven á la cárcel... Su primera salida á la calle es para eso... para ser llevado á la inmundicia casa de presos

de la calle de Amalia; y una vez allí... «por estar enfermo de pulmonía le llevan á curarse á la sala de sífilis... y agravado más y más y contagiado, llevan á curarle... ¿á dónde le llevará el jesuitismo?»

«Oh, la santa Iglesia es sabia!... Por ser pulmoníaco enfermo, fué sumergido en el baño de sífilis... Una vez contagiado... se recuerda que es sacerdote y le colocan la cama en la *capilla de los reos de muerte*... ¡y allí pasa meses y meses Prat!...

Y sigue imperturbable, inquebrantable, duro como las rocas de su pueblo... tenaz como los cerros de su tierra... con osadía, firmeza y tesón que desespera á hermanas, empleados, vocales de prisiones, acusadores, fiscales, jueces, provisoros y obispos...

Y ve á Ignacio levantando formidables castillos en el Tibidabo y colosales fuertes en los barrios aristocráticos de la ciudad; ve acudir en tropel pomposo los capitalistas, magistrados, jefes civiles y curiales... Ve derrochar millones y celebrar banquetes y voltear campanas...

Y dice implacable: «Esto matará á aquello.»

«¿Cómo? El obispo se rie; los jesuitas se rien; los beatos todos se rien. «Está loco» —dicen— y él también se rie, y sigue diciendo:

«Esto matará á aquello»...

Sale de la cárcel de donde le arrojan para cortar el proselitismo que estaba haciendo. Un proselitismo terrible.

De todos los delincuentes y presos, y extendía su conquista á la de los empleados... Prat en la cárcel era un peligro... En la *capilla de los reos de muerte* hacía una labor más intensa que el obispo en el púlpito de su catedral...

Lo arrojaron de la cárcel por fuerza, pues no quiso pedir el indulto y negóse; tenaz, inquebrantable! á firmar la petición y la aceptación...

Y al salir dijo:

«Esto matará á aquello»...

Ignacio y Prat se encontraban por las calles... y seguían en sus labores. Aquel, con séquito de lujoso cortejo, trotando de palacio en palacio, de oficina en oficina, de banco en banco, de castillo en castillo... Este, de tugurio en tugurio, de choza en choza... de miseria en miseria... Aquel preparando acusaciones y procesos, cargando millones y girando letras... Este llevando consuelos, curando lástimas, trayendo auxilios de libertad...

«Esto matará á aquello»...

Y Prat tenía razón. Ya nadie lo duda.

Aquello está medio muerto.

El cadáver de Prat, paseado en triunfo por las calles de Barcelona, ha sido sentencia final. Obispos, jesuitas, tribunales, autoridades... el poder todo del papa y de la monarquía, ese poder «concordado en las sombras», que trató á Prat vivo como un dominguillo, trayéndole y llenándole, arrastrándole y escarneciéndole, llenándole de vejez, de enfermedad, de pobreza y de infamia... Ese poder espantoso ¡no ha podido tocar su cadáver!... «Aquello» es impotente.

«Esto», la *miseria social*, lo oprimido, lo vejado, lo difamado, lo lleno de cieno, «esto» ha levantado su puño, y ha hecho estremecer á aquello, y ha ahuyentado del lado del cadáver al buitre que ansiaba llevarlo á su caverna...

Prat es grande.

Clericales: os reto á que lo combatáis. Prat es grande. Es más grande que Ignacio de Loyola.

¡Ya querría el jesuitismo poder contar de éste las proezas y excelencias cristianas de Prat...

Prat ha sido invencible.

El clericalismo no ha sabido lo que se hacía al perseguirle con tal saña. Esta es su grandeza que no ha sido conocida. Compárese su vida con la de los más lindos santos de la Iglesia, y le cederán su derecha. ¡Necios clericales!

Y ahora... ¡á ajustar las cuentas á sus opresores!

Al clero de la Merced.

Al provisorato.

A la Rota.

Al jesuitismo barcelonés.

Ahora hablaremos de Prat y alternaré las cuartillas dedicadas á su historia, con las dedicadas á Ignacio de Loyola. ¡Se me han juntado sobre la mesa; y en el momento de escribir esto, tengo á un lado el proceso seguido contra Prat por corrupción de menores, y el librito del doctor Lomer: «Ignacio de Loyola, de erótico á santo. Estudio histórico-patográfico»...

¡Curiosos estudios estos! Lástima que no tenga dos cabezas y dos manos para hacerlos y escribirlos simultáneamente.

Prat y Loyola...

«Anverso y reverso de una misma medalla eclesiástica.

S. P. O.

## LA SEMANA SANTA PARISIENSE

Acabo de saber que estamos en Semana Santa. Una española me lo ha dicho. Era la única que podía saberlo, y eso porque, recién llegada, aún no ha tenido tiempo de olvidar el calendario de sus emociones. Dentro de unos cuantos años, cuando se haya convertido en una parisienne verdadera, sabrá guardar en la memoria otras fechas y santificar con ritos de elegancia otras semanas. Pero ésta, ¿para qué, si ninguna ceremonia la anima, si ningún traje la exalta, si ninguna emoción la engrandece? El alma sola y sin alicientes exteriores es incapaz de conmoverse en un siglo que vive tan de prisa.

Sin las procesiones del jueves, sin el luto del viernes, sin la gloria del sábado, los santos días no existen más que para aquellas que leen cotidianamente el breviario á la sombra de los altos muros de los beaterios.

Y en París no hay luto, ni pompa, ni gloria por esta época. En el interior de las iglesias, natural nente, algo debe de haber. Pero por fuera nadie lo nota. Yo vivo al lado de la Magdalena, y desde mis ventanas veo sus armoniosas columnatas. ¿Qué pasa ahora dentro de su suntuoso recinto? Imposible saberlo, puesto que este templo, que no tiene campanas, nada puede decir de sus alegrías ni de sus penas á los fieles. Un templo mudo, ¡Dios mío!, es como una casa abandonada. Por fortuna, aún quedan algunos aquí que todavía las tienen. Allí arriba, muy arriba, en la colina de Montmartre, la



«Savoyarde» entona de vez en cuando su himno ronco, y allá abajo, muy abajo, en la isla de San Luis, los «ourdon» de Nuestra Señora cantan, por la tarde, con sus lenguas de bronce las Avemarias seculares. Sólo que ¿quién oye, entre el estrépito de los automóviles y de los tranvías eléctricos, estas voces, que parecen venir del fondo de las edades para perderse en la atmósfera sin fe de nuestro tiempo?...

Los «namorados de las tradiciones religiosas» evocan en estos días con nostalgia las épocas en que la Semana Santa de París era una de las más grandes festividades de la cristiandad. ¡Aquellos cortejos que recorrían las calles estrechas entre antorchas y alabardas; aquellos desfiles de penitentes blancos, de penitentes negros, de penitentes púrpuras; aquellos paseos de obispos y de arzobispos que, con sus vestiduras recamadas de pedrerías, entonaban antifonas misteriosas en el tumulto de los atrios; aquellas multitudes de grandes señores y de bellas damas que seguían respetuosos el camino de la cruz; aquel pueblo, en fin, aquel pueblo prosternado, orante y medroso, aquel pueblo de los entusiasmos y de los fervores, aquel pueblo digno de aquella época!...

Y todos los que creen, y todos los que están seguros de que el tiempo pasado fue mejor, suspiran más por el esplendor desvanecido que por la religiosidad muerta.

Pero, eso sí, propóndoles resucitar las antiguas procesiones, y ninguno de ellos os apoyará.

—En París—dicen—no puede ser.

Y es cierto que no puede ser.

Para los ritos callejeros, ya sean religiosos, ya sean municipales, se necesitan ciudades más pequeñas, más homogéneas y más pobres. Figúrese lo que costaría, en una metrópoli de tres millones de habitantes, un día muerto, como el Viernes Santo. La sola perspectiva de la estadística de millones que perderían las Empresas basta para calmar la fe de los más ardientes. Un día sin teatros, sin coches, sin conciertos, sin Bancos, sin bailes..., no, realmente, no puede ser. Y así, mientras bajo las naves de los templos las beatas se arrodillan ante Nuestro Señor Crucificado y gimen evocando la tragedia del Gólgota, el verdadero París, el París cosmopolita, lujoso, ruidoso, laborioso y trasnochador, el París de la perpetua fiebre, del perpetuo esfuerzo y de la perpetua sonrisa, el París verdadero, en donde, según la frase de Baudelaire, «toda enormidad florece cual una flor», sigue, ignorante de la santidad del día y de la tristeza del recuerdo, cantando su canción alegre, coronada, no de espinas, sino de rosas.

E. GÓMEZ CARRILLO

Un sacerdote entra en la farmacia.

—Señor boticario: ¿no podría usted prepararme un purgante de aceite de

castor sin que, al tomarlo, se le note el gusto?

—Nada más fácil, señor cura. Voy a preparárselo enseguida. Tenga usted la bondad de tomar asiento; y al propio tiempo permítame, para que no se le haga el tiempo largo, ofrecerle un excelente vaso de jarabe de grosella.

—Es usted muy amable, señor. (*Después de un rato.*) ¿Está pronto ya el remedio?

—¿Pero qué? ¿No ha sentido usted nada todavía?

—¿Cómo! ¿Qué dice usted?

—El aceite de castor estaba en el jarabe.

—¡Oh, boticario del demonio! ¡Si el purgante que yo vine á buscar era para mi ama de llaves!

Y el pobre ministro del Señor salió á escape apretándose el vientre.

## La lámina de hoy

### Contrastes

#### El cura

La noche está oscura y la tempestad próxima, y, no obstante, allá va el viejo párroco con el portaviático entre manos y cabalgando sobre un humilde rucio, al que más bien arrastra que guía el sacristán que lo conduce de la rienda.

Es ese cura uno de los hijos más olvidados por la santa madre Iglesia. Lleva cuarenta años de laboriosos servicios en la misma parroquia de ínfima categoría, y ha visto á casi todos los párrocos del contorno ascender á curatos de primera, obtener prebendas y canongías, mientras él sigue con su asignación mensual de cien pesetas y la obligación de atender á la parroquia y des ajeos que distan dos y tres leguas de la casa parroquial.

Muchas noches se repite el episodio que el dibujo representa, y tiene que abandonar la frugal cena y el calor del hogar para ir al lejano cortijo, á la distante alquería, á la remota choza, donde le esperan los enfermos para que los absuelva y les dé la eucaristía.

Y la recompensa más probable que le espera, es adquirir un reumatismo á causa de las humedades y las noches pasadas á la intemperie, ó la traidora pulmonía que constantemente le acecha oculta entre los vientos de la sierra. Esto aparte de que, junto á la cabecera de los enfermos, acaso le aguardan el tifus, la tisis, el cólera, cien clases de enfermedades infecciosas á las que tiene que desafiar en cumplimiento de su ministerio.

¡Pobre clero rural, llamado desdeñosamente clero bajo, y tachado de ignorante por los prebendados y los frailes! Tú eres el que desempeñas las más rudas y áridas labores en la viña del Señor. Los otros se limitan á recoger el sazonado fruto conseguido á costa de tus afanes.

#### El fralle

¡Cielos! ¿Qué vec? ¡Un lujoso carruaje

á la puerta de los franciscanos! No será para ninguno de ellos, porque su regla les ordena caminar siempre á pie.

Mas, ¡calia!... Un fraile se acerca al coche, acompañado de un lego; el cochero y el lacayo se descubren, y éste abre respetuosamente la portezuela.

—¿Le extraña á usted eso?—me dice un quídam con aspecto de beato, demandador efímero de la casa.—¿Usted no sabe quién es ese reverendo padre que acaba de subir en el coche? Pues es nada menos que el confesor de toda la aristocracia de la ciudad.

¿Quién no conoce á ese portento de santidad, á ese pozo de sabiduría, á ese lucero de la orden seráfica, llamado fray Zenón? No hay hotel ni palacio que no frecuente y donde no sea recibido en triunfo. Las más ilustres damas se disputan la honra de sentarle á su mesa, y no sólo le confían sus conciencias, sino que le consultan sobre todos sus asuntos: sobre la educación de sus hijos, sobre el matrimonio de sus hijas...

¿Ve usted ese coche que casi siempre está á disposición del padre? Pues la propietaria, viuda muy rica, ha mandado llamar á fray Zenón para que la confiese y la ayude á dictar testamento. De fijo que cuando regrese en el mismo carruaje, volverá lleno de satisfacción por haber dejado limpia la conciencia de su penitente, y, si Dios se es servido, por haber asegurado una buena manda para la comunidad.

Fray Zenón es así; nunca vuelve con las manos vacías. ¡Dios nos le conserve muchos años!

## La cadena de San Pedro

Trae el correo, como cada día, su propio afán; trae también, á las veces, solas y esparcimiento. La última novedad, como si dijéramos, «le dernier cri propagandista», es la oración anónima.

Entre una circular de un modisto y otra de un centro de espionaje, novedades también «premier quart de siècle», ha llegado á unas manos idolatradas un perfumado sobre. Había dentro una oración recomendada por los prelates; figúrese que entre ellos debe de estar el ordinario de Almagro, descendiente de aquel corregidor á quien tanto preocupaba la holgura del chaleco de su vecino.

Acompañan á la oración advertencias extremadamente curiosas. Para alcanzar una ventura próxima basta recitar la plegaria nueve veces y remitírsela bajo sobre á otras nueve personas sin expresar quien se la envía; pero con la conminación de que, caso de no rezarla, puede venir un infortunio (la ruina, la muerte de un hijo, una enfermedad grave, etc.) No hay que decir que las señoras timoratas se apresuran á redactar los nueve anónimos, que, lógicamente, al poco tiempo serán nueve por nueve por nueve, hasta quedar elevados á la potencia enésima. A esto se llama la «cadena de San Pedro».

¿No es verdad que el invento es ingenioso? En primer lugar, se estimula en las



gentes el fervor místico, tan conveniente á los que de él viven y prosperan. Sin rebaño no hay rabadanes. Luego se excita el proselitismo que, una vez creado, puede servir á fines políticos ó económicos. Por último, se habitúa á la mujer á laborar en la sombra, á manejar el anónimo y á entrar en los hogares ajenos con la sugestión y la amenaza por armas. ¿No es cierto que no desdicharía este procedimiento el santo varón de «El Tartufo», el «Pantoja» de «Electra» y el «Don Bruno» de «Mujer gazmoña y marido infiel»?

¡Oh, santos y piadosos varones! ¡Oh, felicitas, pías y recatadas hembras! En verdad os digo que «la mies es mucha, mas los obreros pocos. De cierto sabed que los republicanos os van delante al seno de Dios.»

Por mi parte, ni he sonreído ni me he indignado. Me he vuelto á la que para mí es esperanza y vida, y la he preguntado:

—Y ahora, tú, alma mía, ¿qué vas á hacer?

Y ella me ha contestado:

«No daré consejo que no se me pida, ni entraré en casa donde no se me llame.

No escribiré mensaje que no pueda firmar, ni haré recomendación que mis labios no puedan pronunciar en voz alta y de la cual mi conducta no dé testimonio.

No holgaré jamás con promesas ni soliviantaré con amenazas á quien merece, á título de humano, ser guiado por la luz propia.

No convertiré el nombre de Dios en señalo, ni su casa en industria, ni su gracia en merced, ni su culto en irreverencia.

No me haré ciego guía de ciegos, ni me nos me guardaré la llave de los templos de la verdad.

No juzgaré, para no ser juzgada; no condenaré, para no ser condenada; perdonaré, para ser perdonada.

Las cosas que se dicen en las tinieblas, á la luz han de ser vividas, y las que se hablan al oído en los camarines, pregonadas en los terrados.

Porque no se pone la luz debajo del candelero, sino encima del candelero.

No trabajaré, por lo tanto, en la oscuridad ni diré otras palabras que las que salgan de la abundancia del corazón.»

La he escuchado con la complacencia que es de suponer. Ocurra lo que ocurra, siempre es bueno saber una vez más que los seres á quienes se ama y con uno con viven no tienen levadura de esclavos.

Y ahora... ¡qué diantre! á esperar la desgracia, la catástrofe anunciada á los que no se prestan al famoso juego de los anónimos, á llevar la cadena de San Pedro de unas casas á otras y á elevar á la potencia enemiga las bendiciones de los prelados.

Pero ¿qué mayor desgracia que no escuchar la propia conciencia? ¿Qué catástrofe más terrible que amar á Dios por las amenazas y reverenciarle por los agasajos? ¿Qué desdicha más fuerte que prestar oídos á las voces anónimas y desoir las del instinto, disciplinado por la racionalidad?

Es una lástima; la remitente amable ha perdido su tiempo y su excelente letra. La intención la salva, aunque no la galardone la perspicacia.

Ella, como otras bienaventuradas, copiarán la oración bendita, pondrán otros nueve eslabones á la ferrada cadena del Apóstol; remitirán cuidadosamente los sobres y dormirán tranquilas, soñando con que han sacado del Purgatorio unos cuantos millares de almas.

Pero esas almas no se habrán levantado por sí mismas un codo, y presumo que el cielo les va á venir alto de techo.

ANTONIO ZOZAYA

Decláale un cura á uno de sus feligreses, ebrio consuetudinario:

—Amigo mío, cuando sienta usted unas ganas locas de beber alcohol, ruegue, ruegue usted con fervor.

—Pero si eso es lo que hago, señor cura; mas esos roñosos de transeúntes son de tal modo avarientos, que se hacen rogar mucho tiempo antes de darme una moneda para beber la copa.

(L' Asino.)

## Aviso

*A petición de algunos amigos de Barcelona, inserto el siguiente:*

*«Todo republicano que desee contribuir á la suscripción de la Cruz Roja Republicana, podrá hacerlo á D. José Bonet, cobrador del Centro de Unión Republicana Graciense, calle Salmerón, núm. 37, 1.º*

*Los días laborables de 2 y media á 4 de la tarde y de 9 á 11 de la noche, y los festivos de 3 á 7 de la tarde y de 9 á 12 de la noche.»*

## Sobre una denuncia

Lee en *España Nueva* que se había presentado una denuncia en el Juzgado de guardia de esta corte, contra un sacerdote que presta sus servicios en una de las parroquias más céntricas y que es propietario de una conocida Academia de Derecho.

La denuncia se funda en que dicho sacerdote, después de muerto D. Francisco Garrido, marido de D.ª Amalia Mendiábal, que vivían en una habitación inmediata, logró hacerse dueño de la voluntad de D.ª Amalia hasta el punto de conseguir que arrojara á la calle á una hija suya.

Durante el tiempo que vivió dicho sacerdote con D.ª Amalia, obtuvo de ella un poder, mediante el cual realizó las siguientes operaciones financieras:

Compra de 10 000 pesetas en cédulas hipotecarias del 4 por 100.

Oira de los mismos valores y por 5.000 pesetas.

Y otra de idénticos valores por 14.000 pesetas.

Dos días antes del fallecimiento de D.ª Amalia cobró los intereses, y en Octubre del mismo año 1912, la mitad en

esta corte y la otra mitad en Sevilla, donde se encuentran en la actualidad los títulos.

Varios días después de otorgado el poder intentó el sacerdote recluir en un manicomio á D.ª Amalia, fracasando sus propósitos por la oposición de su hija.

Doña Amalia, antes de morir, entregó al sacerdote para repartir entre sus hijas alhajas y muebles, y un fajo de billetes por valor de 22.000 duros.

De dichos muebles, alhajas y dinero, no solo no repartió nada, sino que los mandó trasladar á casa de otro sacerdote amigo suyo, para evitar sospechas. En el registro efectuado, solo se encontró un resguardo del Banco de España, á favor del marido de la difunta D.ª Amalia.

Como el asunto está en los tribunales é ignoro el resultado de las diligencias que se han practicado, no hago por hoy otro comentario que éste.

Los que desprecian los bienes terrenales se distinguieron siempre por su afición á apoderarse del dinero de los demás.

## La bestia negra

El clericalismo que, perseverante, pacientemente y sordamente como realiza todas sus obras, había tendido sus tentáculos aprisionando la entraña nacional, chupando lo mejor de su jugo y tratando de envenenar las fuentes de la vida civil y moral de nuestro pueblo, ha creído llegado el momento de dar el golpe definitivo, y después de una batalla que ha ganado en los comicios contra los representantes del espíritu nuevo y progresivo, alza su cabeza de crótalo temible, y con motivo de una nota oficiosa en la cual se habla de que el Gobierno quiere que no sea obligatoria en las Escuelas la enseñanza del Catecismo, ha movido una zrabanda de cuarenta mil demonios ó de cuarenta mil clericales, que es peor.

Prelados, damas, Juntas Diocesanas, Asociaciones Católicas, Comités de Defensa Social, Círculos de obreros católicos, Cooperativas católicas de obreros... todo ese andamiaje que para la obra del mal hemos dejado construir, amenaza airadamente al Gobierno liberal, pone en entredicho todas las libertades inherentes á la personalidad humana, libertad de pensamiento y emisión del mismo, libertad de conciencia, libertad para adorar á Dios en la forma en que cada cual crea debe hacerlo, y libertad de no adorarle en forma alguna por considerarlo un mito, una herencia atávica del atraso y de la ignorancia de las primeras generaciones, que, producto de evoluciones sucesivas, sentaron su planta sobre el planeta.

La bestia negra en la añoranza de las horribles prácticas de la Inquisición, trata de restablecerla, y pide la separación de sus cátedras de todos los profesores que oreas sus mentes por las conquistas científicas, han sacudido la férula del dogma, y convencidos de la autonomía profunda que separa la Ciencia de la Religión, enseñan en sus cátedras la verdad, ó el aspecto, el *tantum* de verdad científica que permite afirmar el estado de los progresos humanos.

«La conciencia nacional ante el rugido,



de la bestia, ante su avance amenazador que de todas las conquistas liberales pretende hacer tabla rasa, se ha alarmado. se ha conmovido. ve el pel gro, y como Gambetta dijo en un momento de gran clarividencia exclama con sorpresa: «El clericalismo, he ahí el enemigo.»

Al fin se apean los liberales, los demócratas y aun muchos republicanos, de su burro.

Nos duelen todavía los oídos, nos sangra el corazón de habernos sentido despectivamente tratados por los que se llaman hombres de progreso, por una incesante campaña de treinta y pico de años para combatir á la bestia negra.

Era todo una manía nuestra; éramos víctimas de una preocupación; eso de la mano de los jesuitas era una quimera; combatíamos fantasmas y nos poníamos en ridículo, como Quijotes, emprendiéndola á lanzazos contra molinos de viento, ó dispersando rebaños de mansos carneros.

\*\*

Y mientras el hombre abandonaba el hogar por el café, el club ó la taberna; mientras dejaba á su esposa recluida en la casa como en moderno gineceo, pero dejando abierta la puerta para que entrara la Araña Negra á explotar el abandono del jefe del hogar, la miseria del tugurio, la debilidad femenina; mientras nos entregábamos á inútiles predicaciones que no conducían á hacer más fácil, más llevadera la vida económica del pobre, ó nos destrozábamos en miserables luchas los que debiéramos considerarnos como hermanos, siquiera como aliados para realizar una obra común, el pulpo de la reacción se apoderaba de todos los órdenes de la vida, realizaba, aunque de mala manera y con interesada manera, obras de beneficencia, de justicia y de cultura; entraba en los hogares y los deshacía, reciente está el caso del amigo Durany y Bellera, negaba á otro republicano librepensador el derecho de habitar la vivienda que le convenía y cuyo arrendamiento quería pagar por adelantado, esto en Barcelona, y en la misma ciudad democrática y cosmopolita por excelencia, desahuciaba del piso que hacía trece años habitaba á un radical por haberse enterado de que el inquilino era suscriptor de *El Progreso*.

Y los hijos inscriptos civilmente por el padre en el registro de la vida, eran llevados por la madre catequizada á la pila bautismal para que se les impusiera la marca de los borregos de Cristo.

Y los que hablábamos del clericalismo estábamos obcecados; era una manía; veíamos la mano negra de la reacción en todas partes á la moda ya anticuada de los viejos progresistas!

Y un día nos hemos despertado al contacto de una mano que oprimía nuestro cuello: era la mano de nuestra esposa movida por el clericalismo, y hemos oído cómo se resucitaba el espíritu inquisitorial con aquel infamante *¡Delateu!*, y hemos visto cómo por las delaciones se destrozaban los cráneos á balazos, se desterraba por pelotones, se llenaban las cárceles de hombres honrados é inocentes...

En nuestra pasividad de imbéciles no apreciábamos el peligro, é insiguíamos en nuestra torpe, en nuestra suicida conducta.

El desperar ha sido terrible después de algunos años de sueño estúpido.

Quien más quien menos, se encuentra preso entre las mallas de la red tegida

por la Araña Negra, hombres, colectividades, la riqueza pública, todo, ó casi todo, está entre sus manos.

La bestia clerical hace y deshace hogares á su antojo, da ó quita á placer el pan de la vida; forma ó destruye reputaciones y hasta arrebató actas á los candidatos!

Insaciable, aspira no á conquistas en detalle, sino que pretende apoderarse del alma nacional en bloque.

¿Haremos despertado á tiempo? ¿Será toda la alharaca de ahora el grito de dolor y de protesta por una herida momentánea? ¿Se reducirá todo á fuego de virutas?

Si así fuera, el alma nacional merecería caer en manos de la Bestia negra para que la moldeara á su imagen y semejanza: estaría podrida.

CRISTOBAL LITRÁN

## DOS VIEJOS

Lloraban, y el hecho me produjo impresión dolorosa. No eran las lágrimas del mendigo reveladoras de sufrimiento y miseria; eran las de quienes todo lo habían pospuesto al triunfo de una idea y veían la inutilidad de sus esfuerzos.

Aquellos hombres eran dos luchadores. Nacidos en aquella época en que para llamarse hombres no bastaba con parecerlo, desde muy jóvenes combatieron por redimir al pueblo de su ignorancia y abyección; y ahora, cuando sus fuerzas estaban en el ocaso, cuando con generosidad estoica habían sacrificado posición y riquezas, se encontraban con una generación imbecil y egoísta.

No fué sólo dolor lo que me hicieron sentir, fué vergüenza; y al comprender que sus censuras eran justísimas, y que las dirigían á toda una sociedad desocupada y falta de sentido moral hasta lo inverosímil, vivo rubor colcreó mis mejillas. ¿A qué negarlo?

Aquellos dos hombres consagrados toda su vida á una misma y santa labor, eran tan dignos de respeto como un sacerdote. Examinada su obra, siempre resultará más grande, más sublime el trabajo del que recibe como premio ingratitude y desengaños, que el de quien, invocando el nombre de Dios y su Iglesia, logra que le auxilien aun sin necesitarlo. Son muy discutibles los beneficios que las religiones proporcionan; pero las ideas infiltradas por hombres heroicos y abnegados en el corazón de sus semejantes ¿cuánta hermosura y bondad no encierran?...

«Y estos hombres del presente son los que pasan por liberales é ilustrados? ¿Dónde está su talento cuando, aun señalándoles el peligro, caen en él confiadamente?»

«Pero, en realidad ¿son ignorantes? No; proceden así por ambición, por traidores, porque transigen con el enemigo con tal de vivir tranquilos; en una palabra, porque carecen de virilidad y nobleza, y sólo tienen de hombres la aparien-

cia. Mas no canten victoria; que si la vanguardia que ellos debieran formar como más obligados, la formamos nosotros, ya les llegará su hora.

«¡Cuántas amarguras hemos pasado y cuán inútiles han sido!... ¿A quiénes han aprovechado? La juventud, que en nuestros tiempos era generosa, resuelta y entusiasta, es ahora incapaz de nada bueno; y cuando no permanece indiferente, cruzada de brazos ante las injusticias que debieran excitarla, nos escarnece y califica de estériles nuestros frutos, como si ella no fuese híbrida. ¿Y los demás?... ¡Ah! Cuando considero que les hemos llamado imbeciles, dudo que seamos cuerdos; pues en tanto que ellos viven y medran, nosotros conseguimos solamente que nuestras familias, á quienes todo sacrificio le debemos, nos pregunte si la hemos creado para entregarlas á la miseria.»

Esto era lo que en sus confidencias se decían, y yo, que soy joven, pero tengo conciencia de que la aspiración del hombre debe ser otra que la de vivir para comer ó comer para vivir; yo, que amo á los viejos porque veo en ellos el pasado que puede servirnos de lección provechosa, dudé como ellos si será meritorio proceder de tal manera, y maldije á los que llaman brutal á la verdad, á los que disfrazan el lenguaje viril con eufemismos y á los que todo lo mixtifican y envilecen.

Entonces me acerqué, y al decirles que buscaba su consejo, que esperaba me trazaran un plan para el porvenir, el de más edad, cuyo aspecto venerable delataba al héroe, al hombre de férrea voluntad y de poder para la lucha grande, me dijo:

«La vida empieza para usted. Dos caminos se le presentan: el nuestro, cuyos resultados son bien conocidos, y el opuesto: acomodarse á todo y transigir con todas las infamias, todas las mentiras y... en pocas palabras, tener mucho sentido práctico. Ahí se encierra toda la ciencia de la vida moderna. Ahora, elija usted.»

Y elegí sin vacilar el primero. Pues si quitamos lo que hace más agradable la vida, la esperanza en el triunfo ¿qué nos queda?

FRANCISCO ORTIZ

## MARK TWAIN LIBREPENSADOR

Mark Twain es, seguramente, el autor americano más conocido y más leído en Europa. Sus obras han sido traducidas á todas las lenguas. Los alemanes, los rusos, etc., las devoran, y los yankees están orgullosos de él.

El gran humorista era de los nuestros, librepensador y descreído en materia religiosa. Cuando esto trascendió al público, cuando se supo que el Sr. Clemens, verdadero apellido de Mark Twain se refía del Dios de las religiones, la consternación fué profunda en el campo cris-



tiano. ¡Otro gran talento amigo del demonio!

Sus amigos creyentes y su familia hicieron, sin éxito, hasta lo increíble para evitar que se publicara el siguiente *credo* del brillante escritor:

«No creo que Dios haya enviado jamás al hombre un mensaje por ningún comisionado, que se lo haya transmitido nunca de viva voz, ni que en parte alguna se haya dejado ver por nadie.

«Creo que el Antiguo Testamento y el Nuevo han sido inventados y escritos por hombres, y que ni una sola de sus líneas ha sido autorizada por Dios y menos aún inspirada por él.

«No creo en Providencias especiales. Creo que el Universo está gobernado por leyes estrictas é inmutables. Si la familia de un hombre es destruida por la peste y la de otro no lo es, ello no es sino el resultado de una ley. Dios, en esas minucias, no interviene ni por unos ni por otros.

«No puedo comprender cómo castigos eternos, después de la muerte, podrían hacer algún bien; no puedo, pues, darles crédito. Castigar á un hombre para mejorarlo, podría quizás ser razonable; aniquilarlo cuando haya dado pruebas de que es incapaz de alcanzar la perfección, podría serlo también; pero achicharrarlo para siempre por el simple gusto de verlo achicharrar, no sería razonable. El mismo Dios forz que los Judíos inventaron se cansaría, al fin, de semejante espectáculo.

«Que haya ó no haya vida futura, me importa poco. Si la destrucción total debe seguir á la muerte, yo no lo sabré; y hago tanto caso de eso como del Rey que rabió.

«Creo que las leyes del mundo moral son el resultado de la experiencia del mundo. No se necesita que bajase un Dios del cielo para decirle al hombre que el asesinato y el robo y los demás actos inmorales son malos, tanto para quien los comete como para la humanidad que sufre por causa de ellos.»

*El Libre Pensamiento.*

Montevideo.

## CRISTO NO VUE-VE

En vano suenan las campanas cada año anunciando que Cristo resucita... Resucita sólo para los que viven en su herencia. Los que sienten hambre de justicia y esperan miles de años la redención, saben que está bien muerto y que no volverá, como no vuelven las fúas y veleidosas divinidades griegas.

Los hombres, siguiéndole, no habían visto un horizonte nuevo: habían caminado por senderos conocidos. Sólo cambiaban el exterior y el nombre de las cosas. La humanidad contemplaba, á la luz cenicienta de una religión que maldice la vida, lo que antes había visto en la inocencia de una infancia. El esclavo redimido por Cristo era ahora el asalariado mo-

dermo, con su derecho á morir de hambre, sin el pan y el cántaro de agua que su antecesor encontraba en la ergástula. Los mercaderes arrojados del templo tenían asegurada la entrada en la gloria eterna y eran los sostenes de toda la virtud. Los privilegiados hablaban del reino de los cielos como de un placer más que añadir á los que disfrutaban en la tierra. Los pueblos cristianos se exterminaban, no por los caprichos y los odios de sus pastores, sino por algo menos concreto, por el prestigio de un trazo ondeante, colores les enloquecían. Se mataban friamente hombres que no se habían visto nunca, que dejaban á sus espaldas un campo sin cultivar y una familia abandonada; hermanos de dolor en la cadena del trabajo, sin otras diferencias que la lengua y la raza.

En las noches de invierno, la gran muchedumbre de la miseria pululaba en las calles de las ciudades sin pan, sin techo como si estuviesen en un desierto. Los niños lloraban de frío ocultando las manos bajo los sobacos; las mujeres de voz aguardentosa se encogían como fieras en el quicio de una puerta, para pasar la noche; los vagabundos sin pan miraban los balcones iluminados de los palacios ó seguían el desfile de la gentes que, envueltas en pieles en el fondo de sus carruajes, salían de las fiestas de la riqueza. Y una voz, tal vez la misma, repetía en sus oídos, que zumbaban de debilidad: «¡No esperes nada! ¡Cristo ha muerto!»

El obrero sin trabajo, al volver á su frío tugurio, donde le aguardaban los ojos interrogantes de la hembra enflaquecida, dejábase caer en el suelo como una bestia fatigada después de su carrera de un día para aplacar el hambre de los suyos. «¡Pan, pan!», le decían los pequeñuelos esperando encontrarlo bajo la blusa raída. Y el padre cía la misma voz como un lamento que borraba toda esperanza: «¡Cristo ha muerto.»

V. B. I.

(*La Idea*) Jerez de la Frontera.

## Pensamientos

Cuando un hombre me dice: «Amad á mí Dios», yo le contesto: «Presénteme usted su Dios para que pueda ver qué clase de divinidad es. Mientras no lo conozca, no puedo amarlo. Desgraciadamente ningún hombre puede presentar su Dios. Lo más que puede decir es lo que su Dios ha hecho y ha dicho, pero yo quiero ver y oír por mí mismo. Puedo imaginarme un Dios como puede hacerlo cualquier otro, pero á nadie pido que lo acepte.

Nadie ha nacido metodista, ni católico romano, ni presbiteriano. No se nace cristiano, sino que lo fabrican á uno así; y esa fabricación es la profesión más fea que hoy puede un hombre ejercer.

Dios no está en el mundo. En las transacciones por negocios jamás se ha-

bla de una divinidad. Vayan ustedes á las oficinas y nunca encontrarán en ellas á Dios. Vivimos sin Dios, hacemos nuestros negocios sin Dios, plantamos, cultivamos y cosechamos sin él. No es útil sino á los sacerdotes que no pueden ganarse el sustento de otro modo que explotando la idea de Dios.

L. K. WASHBURN

(*Truth Seeker*).

## Bibliografía

*El Carnaval de los niños*, por Saint Georges de Bouhélier, traducción de V. Ballester Soto.

Para que el lector comprenda la personalidad del autor, copiamos un trozo de la dedicatoria de *El Carnaval de los niños*, pues ella dice más que cuanto pudiéramos decir nosotros respecto á Bouhélier:

«Todos los artistas conocemos las horas vacilantes de la duda. En ellas se nos muestra el Angel del Desaliento nocturno, poderoso y mortalmente triste. Nos invita á la renuncia rápida, al abandono de esta lucha sin gloria y en cara nuestra ambición con el trivial avatar. Entonces es cuando una palabra de aliento que llegue hablandonos de triunfos futuros puede salvarnos de la lucha con el abismo.»

La Casa editorial de F. Sempere y Compañía, de Valencia, ha enriquecido su colección de *Libros Populares*, con estos cuatro nuevos volúmenes.

*La leyenda cristiana*, por Augusto Dide.

Se ha puesto á la venta simultáneamente en Suiza y en España. Su autor, que tan bellas pruebas nos ha dado en sus otros libros, *El fin de las religiones*, *Miguel Servet y Calvino* y *J. J. Rousseau; el protestantismo y la Revolución francesa*; de su elevado espíritu crítico de las religiones, se afirma nuevamente en *La leyenda cristiana* con una pujanza dialéctica demoledora y una claridad de expresión convincente.

*Las víctimas del fanatismo* (novela), por Javier Fernández Pasquero (2 tomos).

Esta es obra que parece vivida por su autor, quien huyendo de las obligaciones impuestas contra su voluntad al tener que aceptar la carrera eclesiástica, se separa de los suyos, recorre Filipinas y todas las Américas, pintando las costumbres, vicios y manera de vivir del clero americano, en especial de los frailes de Filipinas, y concluye por contraer matrimonio civil despreciando las ventajas que el traje talar le proporcionaba. Es obra de mucho empuje y estamos seguros de que esta edición se agotará rápidamente, pues por sus descripciones interesa á cuantos se propongan pasar á las Américas.

*Pro-Psiquis*, por Ricardo V. Sánchez Lasrino.

Con una pureza de estilo encantadora toma el autor á Nietzsche como solitario perdido y se deleita en sus predicas sentenciosas, que reflexiona, compara é interpreta y le sigue con misterioso pudor filosófico, hirviendo como Voltaire, y luego sgarrándole de la mano, parece decirle: «¡Oh Maestro, ved los horizontes de color de rosa; ved el amor, el ideal!... ¿vamos allá?»

Estos libros llevan en la cubierta el retrato del autor y se venden en todas las librerías á una peseta el tomo.



# Los obispos

por

ROBERTO ROBERT

hagar perderla los bienes, que le serían confiscados.

Entonces el sínodo que lo oyó, dijo: ¡ojol, exclamación que se ba perpetuado hasta nuestros días y equivale á decir: ¡guarda, Pablo!

Y conociendo las intenciones del rey, entró en una honrosa transacción, y convino en que de las diez iglesias que cristianamente se repartiesen el diezmo, el abad de Hersfeld formaría dos partes, el arzobispo una, y las otras nueve partes restantes se repartirían entre el arzobispo y el abad.

El abad de Fulda, que se vió desairado, quería protestar; pero el rey le llamó y le dijo:

O pasar por lo que han convenido esos santos varones, ó no volveis á regir la abadía.

El abad, como buen cristiano, se resignó.

Los demás asistentes quedaron igualmente desconsolados.

El rey los llamó y les dijo:

—Si alguno de vosotros, personalmente, por medio de un mensajero ó por noticia que salga de vuestra boca acusa ante el Papa al sínodo por lo que ha resuelto, sabrá lo que pesa mi cólera.

Y como el peso de la cólera del rey era una cosa tan mundana, ninguno de ellos quiso averiguarla, y todos envejecieron y murieron ignorándola.

\*\*\*

En 1075 el Papa tuvo que declarar á los fieles que las misas de los clérigos casados no valían un céntimo de aquella época, ni sacaban ánima, ni servían para sufragio de los difuntos, y que hasta las bendiciones de los arzobispos que con más legalidad habían recibido el sacramento del matrimonio, se trocaban en maldiciones.

Los fieles ¡ayú deme usted á sentir! prorumpieron en un llanto capaz de ablandar las piedras, y pedían á voces que se les devolviera el dinero pagado por aquellas misas inútiles, como sucede siempre en toda función frustrada.

Al pensar que las almas de sus abuelos aún padecían graves penas sólo porque el sacerdote encargado de redimirlos estaba casado eu vez de ser soltero, hacían unos extremos de dolor que yo no puedo comprender, pero que ustedes se representarán perfectamente.

\*\*\*

Pero después del dolor vino la ira, y como si toda la cristiandad se hubiera guiñado el ojo, toda ella se sublevó contra la clerecía; y en cuanto asomaba un sacerdote por la calle, la plebe piadosa se le echaba encima gritando: ¡A ese, que es un casado!

Si señor: hubo este exceso de celo que

condujo á la católica grey hasta el extremo de levantar la mano sobre los ungidos del Señor; y aun lo de menos hubiera sido levantarla. Lo peor fué que la dejaran caer, como dice la comedia *Llueven bofetones*.

Si, aquellos piadosos cristianos del bello siglo xi, abofeteaban á los obispos... pero, ¡que no lo sepan los niños católicos; que no lo oiga la plebe!

Aquí, solos los mayores de edad y hombres de talento, podemos contárnoslo todo en voz baja, sin escándalo. Acérquense ustedes, y escuchen, que yo ya hablaré bajito.

Oigan. Aquellos cristianos abofeteaban á los obispos, ¡pst, que no nos oigan las masas piadosas! Además, á muchos les mutilaron; ¡silencio! Además, no quisieron oír misas dichas por sacerdotes casados; además, no querían recibir de ellos sacramento alguno; y, ¡horror!, muchos fieles preferían bautizar á sus propios hijos por su mano, antes que consentir que los bautizara un clérigo casado... ¡como si el padre de la criatura fuese menos casado que el clérigo!

Y para colmo de desolación, ¡quemaron los diezmos destinados á la Iglesia!... Pero no nos quejemos de esta última parte, que produjo muy buenos resultados.

Al ver los clérigos y los obispos que el pueblo no pagaba diezmos, comprendieron que iban por mala senda, y vueltos á la razón, renunciaron al matrimonio.

Que si no...

\*\*\*

Creo que hablaba yo del año 1075 cuando me desvié un poco de mi objeto, dejando como olvidados á mis obispos.

No os olvido, no, ¡oh fomentadores del ganado lanar!, os tengo presentes y os admiro, aunque parezca que mire á otra parte, y sobre todo admiro á los de aquella época por su sabiduría.

La Historia cuenta que el Papa Gregorio VII llamó á Roma al obispo de Bamberg, acusado por sus propios clérigos de simonía y de ignorancia.

El obispo ofreció mucho dinero para justificarse del cargo de simonía; en cuanto á ignorante, hemos de confesar que lo era, pues interpelado sobre un versículo de la Biblia, no solamente no supo dar á entender su espíritu, sino que ni siquiera supo traducirlo palabra por palabra.

Y cuando la Historia sólo hace mención de la ignorancia de este y otros varios obispos, ¿serían sabios los demás?

\*\*\*

Poco antes de ser citado Enrique IV por el Papa, quería aquél dar el obispado de Colonia á un canónigo llamado Hidolfo; pero el pueblo y el clero le rechazaron, ¿por qué dirán los fieles?

Por f.o.

Si. Aquel canónigo era bajito y mal encarado, y la opinión pública se empeñó en decir que lo mismo era por dentro que por fuera, y no le quiso por obispo.

Y... no recuerdo á propósito de qué se me ha ocurrido este recuerdo.

¿Por qué sería? No sé. En fin, el caso es que Hidolfo no fué obispo á causa de su doble fealdad; pero esto fué una excepción, pues con los demás no se tuvo ese mismo reparo.

El caso de Hidolfo pasaba en 1076.

Tres años después, en 1079, el obispo de Cracovia, no pudiendo, a pesar de sus advertencias, corregir los defectos de su soberano Boleslao II, le excomulgó.

De resultados de cuya excomunión, el Señor abandonó del todo á Boleslao, el cual, privado de luz divina, degolló al obispo con su cimitarra.

¡Para los que dicen que la excomunión no produce sus efectos!

\*\*\*

Y ¡qué casualidad! al año siguiente sucedió otro caso de obispos.

Y fué que así como el Papa había excomulgado al emperador, el emperador reunió un Concilio en Brixen y excomulgó al Papa.

La sentencia le acusaba de perturbador de la Iglesia y el Estado; de haber atentado contra la vida del rey ortodoxo; de haber incitado al perjurio á los súbditos de este; de haber sembrado la discordia entre los pacíficos; de haber producido el escándalo entre los hermanos y la guerra entre los esposos; de brujo, de mal fraile.

Treinta obispos ¡treinta! (digo 30) firmaron el acta y escribieron al Papa: «Ya que no has querido reconocernos como obispos, desde hoy tampoco te reconocemos como sucesor de los apóstoles. Toma tripita.»

No... La verdad: esto de «toma tripita» no lo dijeron; pero ¿no es verdad que después de las frases anteriores parece que iban á decirlo?

\*\*\*

¡Uf! Estoy de obispos del siglo xi hasta las puntas de los cabellos y temo que mis lectores también.

No me hastío de ellos, ni quiero decir semejante cosa; pero se me amontonan á la memoria los del siglo xii, que son igualmente dignos de mención especial, y los veo impacientes por mostrar sus virtudes para ejemplo y enseñanza de los impíos de nuestra descreída época.

¡Allá voy, excelentísimos é ilustrísimos señores, allá voy!

Con permiso.

\*\*\*

El respeto á la Iglesia crecía, crecía, crecía; las rentas de la Iglesia subían, subían, subían; el episcopado iba aumentando sus derechos y privilegios señoriales, lo cual les traía á veces envueltos sin saber cómo en las vicisitudes de las cosas humanas.

Por ejemplo, en 1105 el hijo de Enrique IV, que parecía ser el legítimo soberano, arrojó de sus sedes á gran número de obispos por el mero hecho de haber sido fieles á su padre, que hasta cierto punto también habla parecido ser el soberano legítimo.

(Continúa).

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 31